



UNIVERSIDAD DE NAVARRA

FACULTAD DE TEOLOGIA

PEDRO ESTAUN VILLOSLADA

**EL MARTIRIO Y LA
TEOLOGIA MARTIRIAL
DE SAN CIPRIANO**

**Extracto de la Tesis Doctoral presentada en la Facultad
de Teología de la Universidad de Navarra**

PAMPLONA

1988



**Ad normam Statutorum Facultatis Theologiae Universitatis
Navarrensis, perlegimus et adprobavimus**

Pampilonae, die 24 mensis aprilis anni 1986

Dr. Dominicus RAMOS

Dr. Albertus VICIANO

**Coram Tribunali, die 21 mensis maii anni 1981, hanc
dissertationem ad Lauream Candidatus palam defendit**

Secretarius Facultatis

Dr. Ioseph Emmanuel ZUMAQUERO

**Excerpta e Dissertationibus in Sacra Theologia
Vol. XIII n. 2**



PRESENTACION

En el siglo III San Cipriano de Cartago desempeñó un importantísimo papel en la Iglesia. Ello ha incitado a historiadores y teólogos a estudiar su personalidad, su doctrina y su labor pastoral. El hecho afortunado, poco frecuente en los escritores de estos primeros siglos del cristianismo, de conservarse casi íntegra su producción literaria, ha permitido realizar estos estudios con profundidad y rigor científico. Podemos decir que prácticamente todos los aspectos de su vida y obras han sido estudiados. Entre ellos el tema del martirio, que tanta importancia tuvo, sobre todo en los escritores de estos difíciles momentos de las persecuciones, también ha sido tratado. Hummel y Capmany¹ expusieron el combate espiritual que supone el martirio y la espiritualidad martirial, desde unos puntos de vista parciales. Lo que nosotros hemos pretendido en esta tesis es exponer la teología martirial de San Cipriano.

Hemos abordado el tema, en primer lugar desde un punto de vista histórico. A través de los escritos cipriánicos podemos descubrir detalles de cómo se desarrollaron las persecuciones en esta época en Cartago: los distintos tipos de tormentos empleados, las formas de las penas de muerte, el número y las condiciones sociales de los mártires, etc. Pero no nos limitamos a exponer unos hechos. Destacamos también lo que nos ha parecido ser el pensamiento de San Cipriano acerca de la naturaleza del martirio y algunos aspectos teológicos relacionados con él, como pueden ser la presencia de Cristo en el mártir, el martirio como combate espiritual, las virtudes ejercitadas en el martirio, la escatología desde la perspectiva de los mártires, etc. Podemos, por tanto, decir que la tesis tiene una doble vertiente: histórica y teológica.

En la presente *excerpta* mostramos tres capítulos. El martirio

1. E. L. HUMMEL, *The concept of martyrdom according to St. Cyprian of Cartage* (Washington 1946); J. CAPMANY, *Miles Christi en la espiritualidad de San Cipriano* (Barcelona 1956).

como combate espiritual, la presencia de Cristo en el mártir y el martirio como ideal de perfección.

La muerte de un cristiano por defender su fe es para San Cipriano un autentico combate espiritual. Es el mismo Jesucristo el que lucha en el mártir. El mártir, consciente de su fragilidad y debilidad ante tan poderoso adversario, sabe que no puede apoyarse en sus propias fuerzas. Toda la energía necesaria para su victoria la recibe de Cristo y, por ello, a El sólo ha de atribuírsele el mérito y el premio. En cualquier lugar en que se encuentre el mártir, Cristo está allí presente prestandole la fuerza y la ayuda necesaria. La unión entre Cristo y el mártir, que se acrecienta por la Sagrada Eucaristía, permanece actuando, de una manera misteriosa, cuando el cristiano lucha frente al martirio.

Es Jesucristo el que hace que los propios sufrimientos y muerte sean para todo mártir la causa de esta íntima y estrecha unión. Para que esta sea lo más perfecta posible, los cristianos, en sus sufrimientos, han de fijar sus ojos en Jesucristo y tratar de vivir las virtudes que El vivió durante su dolorosa muerte.

San Cipriano considera tan estrecha esta unión entre Cristo y los mártires, que llega a decir que no es sólo Cristo quien actúa en ellos, sino que los propios mártires pueden ser considerados como *alter Christus*.

El martirio es para el obispo de Cartago la cumbre de la perfección cristiana. Era ésta una idea ya admitida en los primeros siglos del cristianismo y de tal manera aceptada, que todas las acciones que el cristiano pudiera realizar eran consideradas tanto más perfectas cuanto más se asemejasen al martirio. San Cipriano está convencido de ello, y por esta razón llena de alabanzas en sus escritos a los mártires y a los confesores de la fe. En ocasiones llega a manifestarles esta superioridad de una manera explícita. En otras lo hace comparando el martirio con otros actos que el cristiano puede realizar, pero siempre resaltando el valor de aquel.

El martirio es el acto supremo de la vida cristiana, porque en él se ejercitan, de modo heroico, las principales virtudes. Se ponen en ejercicio, de manera especial, la fe, la esperanza y la caridad, así como la prudencia y la fortaleza. Por esta razón el martirio, pese a su terrible crueldad, era deseado por muchos de los primitivos cristianos y, sobre todo, era dignamente reconocido por la Iglesia entera.

Un deber de justicia nos impone el dedicar un sincero agradecimiento al Prof. Dr. Domingo Ramos-Lissón por la paciente labor de dirección, ayuda y asesoramiento que, en todo momento, nos prestó en la elaboración de este trabajo, sin la cual no hubiese podido llevarse a término. Un agradecimiento especial también a la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, por las facilidades que nos dispensó permitiéndonos el uso de su nutrida biblioteca y por todos los demás servicios prestados.





INDICE DE LA TESIS*

	Pág.
TABLA DE ABREVIATURAS DE LOS ESCRITOS DE SAN CIPRIANO, TANTO AUTÉNTICOS COMO AQUELLOS QUE SE LE ATRIBUYEN	VII
TABLA DE ABREVIATURAS DE OTRAS FUENTES	IX
INTRODUCCIÓN	XI
CAPÍTULO I	
MARCO HISTÓRICO DE LAS PERSECUCIONES EN TIEMPOS DE SAN CIPRIANO	
1. Introducción histórica de la Iglesia Católica en el Africa Proconsular en los años anteriores a San Cipriano	2
2. Las persecuciones en tiempos de San Cipriano	7
a) La persecución de Decio	8
b) Distintos grados de apostasía	15
c) La persecución de Galo	18
d) La persecución de Valeriano	20
3. Extensión de la persecución	23
4. Causa de las persecuciones	26
5. Las persecuciones profetizadas en las Sagradas Escrituras	30
6. Auxilio divino en la persecución	34
CAPÍTULO II	
PADECIMIENTOS DE LOS MÁRTIRES	
1. Distintos tipos de padecimientos	37
a) Pérdida de los bienes	37
b) Pérdida de la posición social	40
c) Presiones familiares	41
d) La huida	42
2. Los procesos	45
a) El arresto	46

* La paginación se refiere al original mecanografiado que se conserva en la Secretaría de la Facultad de Teología.

b) Las prisiones	47
c) El juicio	51
3. Suplicios de los mártires	53
a) Las torturas	54
— La flagelación	54
— El potro y los garfios	55
— El <i>nervus</i>	57
b) El destierro	61
c) Condenación a las minas	62
d) La pena de muerte	66
— La decapitación	66
— La exposición a las fieras	68
— La pena de la hoguera	70
— La crucifixión	70
e) Otros tipos de suplicios	71

CAPÍTULO III

MÁRTIRES Y CONFESORES EN SAN CIPRIANO

1. Concepto de martirio	74
2. Precedentes en la teología de Tertuliano	80
3. Concepto de mártir y confesor en San Cipriano	82
a) Pasajes confusos	87
b) Muerte en la cárcel	92
c) Muerte en la fuga	95
d) Muerte en el destierro	98
e) Conclusión	99

CAPÍTULO V

NÚMERO Y CONDICIONES SOCIALES DE LOS MÁRTIRES

1. Número de los mártires	103
2. Condiciones sociales de los mártires	107
3. Sexo y edad de los mártires	113
4. Humanidad de los mártires	116
5. Fidelidad al compromiso	118

CAPÍTULO V

EL MARTIRIO COMO COMBATE ESPIRITUAL

1. El combate de la vida cristiana	122
2. Antecedentes e imágenes del martirio como combate de la vida espiritual	128
3. El martirio como combate espiritual en San Cipriano	128
a) Lucha contra el demonio	130
b) Características de la lucha	135
c) Situaciones en las que se da esta lucha	140



CAPÍTULO VI

LA PRESENCIA DE CRISTO EN EL MÁRTIR

1. En los mártires lucha y triunfa el mismo Cristo	150
2. Cristo es el modelo del mártir	157
3. Los mártires imitan a Cristo	160
4. El mártir es <i>alter-Christus</i>	166

CAPÍTULO VII

EL MARTIRIO COMO IDEAL DE PERFECCIÓN

1. El martirio es la cumbre de la perfección cristiana	173
2. Virtudes que se ejercitan en el martirio	177
a) La fe	178
b) La esperanza	180
c) La caridad	183
d) La fortaleza	188
e) La paciencia	190
3. Reconocimiento por parte de la Iglesia	192
4. Deseo del martirio	196
5. El martirio fuera de la Iglesia	200

CAPÍTULO VIII

EFECTOS DEL MARTIRIO

1. Los efectos del martirio son los mismo que los de la Redención	208
a) Efectos para el mártir mismo	209
b) Efectos para la Iglesia	222
c) Efectos para el mundo	227
CONCLUSIONES	232
BIBLIOGRAFÍA	241





BIBLIOGRAFIA DE LA TESIS

- D'ALES, A., *La Théologie de Saint Cyprien* (Paris 1922);
— *Le misticisme de Saint Cyprien en Revue d'ascetique et de la mystique*, 2 (1921) pp. 256-268;
- ALLARD, P., *Dix Leçons sur le martyre* (Paris 1906);
— *Histoire des Persecutions*, I y II (Paris 1886);
— *Martyre en Dictionnaire apologetique de la foi catholique*, III (Paris 1916) col. 334-342.
- ALTANER, B., *Patrologie* (Friburgo 1966).
- ANCHEL, C., *La confesión de la fe y el martirio en Teruliano*. Tesis Doctoral. Universidad de Navarra. Pro manuscrito. (Pamplona 1979).
- DE BCKER, E., *Le sens classique du mot Sacramentum dans les oeuvres de Tertullien* (Bruselas 1909).
- BALL, M. T., *Nature and vocabulary of nature in the works of Saint Cyprian* (Washington 1946).
- BARBALATO, A., *La doctrina della grazia in San Cipriano* (Roma 1944).
- BARDY, G., *Saint Cyprien en «Dictionnaire de Spiritualité»*, II (Paris 1953) col. 2661-2669.
— *En lisant les Pères* (Paris 1933).
- BATIFFOL, P., *L'Eglise naissante et le catholicisme* (Paris 1971).
- BAYARD, L., *Le latin de S. Cyprien* (Paris 1902)
— *Correspondence*, I y II (Paris 1945).
- BLANT, E. LE, *La preparation au martyre en Memoires de l'Academie des Inscriptions*, 28 (1874) pp. 53-78.
— *Les persecuteur et les martyrs* (Paris 1875).
- BOUYER, L., *La spiritualité du Nouveau Testament et des Pères* (Paris 1960).
- BRISSON, J. P., *Autonomisme et Christianisme dans l'Afrique Romaine* (Paris 1958).
- CAMPENHAUSEN, H. VON, *L'idée du martyre dans l'Eglise primitive* (Göttingen 1936).
- CAMPOS, J., *Obras de San Cipriano* (Madrid 1964).
- CAPMANY, J., «*Miles Christi*» en *la espiritualidad de San Cipriano* (Barcelona 1956).
— *San Cipriano de Cartago, maestro y pastor en la persecución en Estudios Eclesiásticos*, 33 (1959) pp. 275-302.

- COLOMBO, S., *S. Cipriano di Cartagine. L'uomo e lo scrittore en Didaskaleion*, 6 (1928) pp. 1-80.
- COLSON, J., *L'Evêque. Lien d'unité et de charité chez Saint Cyprien de Carthage* (Paris 1961).
- COMAN, J. G., *Les deux Cyprien de Saint Grégoire de Nazianze en Studia Patristica*, 2 (Berlín 1957) pp. 362-372.
— *L'immortalité de l'ame dans le «Phedon» et la resurrection des morts dans la litterature des deux premier siècle en Helikon*, 3 (9163) pp. 17-30.
- CHENE, J., *L'âme de Saint Cyprien en Revue Apologetique*, 38 (1924) pp. 653-665.
- DAREMBERG, C., *Capitolium en Dictionnaire des antiquités grecques et romaines d'apres les textes et les monuments*, I 901-906.
- DELEHAYE, H., *Les origines du culte des martyrs* (Bruselas 1933);
— *Les Passions des martyrs et les genres litteraires* (Bruselas 1921);
— *Martyr et Confesseur en Anacleta Bollandiana*, 39 (1921) pp. 20-49;
— *Sanctus* (Bruselas 1927).
- DEMOUSTIER, A., *Episcopat et union à Rome selon Saint Cyprien en Recherches de Science Religieuse*, 52 (1964) pp. 337-368.
- DOMÍNGUEZ, J. R., *Estudio sobre el «De Oratione Domenica» de San Cipriano*. Tesis Doctoral. Universidad de Navarra. Pro manuscripto (Pamplona 1980).
- DUBLEY, J., *The satity of the chritian according to Saint Cyprian*. Tesis Doctoral. Universidad de Navarra. Pro manuscripto (Pamplona 1973).
- DUBOIS, J. M., *Le Martyrologe d'usard. Texte et commentaire en Subsidia Hagiographica*, 40 (1965);
— *Le temoignage des martyrs en Revue du Clergé Français* (1907).
- DUCHESNE, L., *Los seis primeros siglos de la Iglesia* (Versión castellana Barcelona 1910);
— *Histoire ancienne de l'Eglise*, I (Paris 1906);
— *Origines du culte chretien* (Paris 1889).
- DUROURCQ, A., *Etude sur les Gesta Martyrum Romains* (Paris 1900-1907).
- EDSMAN, G. E., *Le baptême de feu* (Lund 1940).
- EHRHARD, A., *Die Kirche de Märtyrer* (Versión italiana, Florencia 1946).
- ERNEST, J., *Der Begriff vom martyrium bei Cyprian en Historisches Jahrbuch der Göresgesellschaft*, 34 (1913).
- FARRELL, R. C., *The virtue of charity according to Saint Cyprian*. Tesis Doctoral. Universidad de Navarra. Pro manuscripto (Pamplona 1980).
- FAYE, E. DE, *S. Cyprien et les influences qui l'ont formé en Revue de Théologie et de Philosophie*, 26 (1893) pp. 105-116.
- FERNÁNDEZ, A., *La escatología en las actas de los primeros mártires cristianos en Scripta Theologicae*, 9 (1977) pp. 797-884.
- FLORES, I. DE, *De inclyti agone martyrii* (Colonia 1735).

- FOUCART, G., *Les certificats de sacrifice pendant la persecution de Dèce en Journal des Savants* (1908) pp. 169-181.
- FREND, W. H. C., *A Severan's Persecution? Evidence of the «Historia Augusta» en Forma Futuri*,
— *Studi in onore del Cardinale Pellogrino* (Torino 1975) pp. 471-480.
- FREPPÉL, C. E., *Saint Cyprien et l'Eglise d'Afrique au III siècle* (Paris 1890).
- GALLINA, C., *Los mártires de los tres primeros siglos* (Barcelona 1944).
- GALLONIO, A., *Tratado de los instrumentos de martirio* (Madrid 1910).
- GALTIER, P., *L'Eglise et la remission des péchés aux premiers siècles* (Paris 1932);
— *De poenitentia* (Roma 1950);
— *La consignation dans les Eglise d'Occident en Revue d'Histoire Ecclésiastique*, 13 (1912) pp. 257-301;
— *La consignation a Carthage et a Rome en Recherches des Sciences Religieuses*, 2 (1911) pp. 350-372;
— *Onction et confirmation en Revue d'Histoire Ecclésiastique*, 13 (1912) pp. 466-476.
- GARCÍA-PRAVIA, F., *La santidad de la Iglesia y la dimensión eclesial de la penitencia en San Cipriano*. Tesis Doctoral. Universidad de Navarra. Pro manuscrito (Pamplona 1981).
- GAUDETTE, P., *Baptême et vie chrétienne chez Saint Cyprien de Carthage en Laval Théologique et Philosophique*, 27 (1917) p. 163-190 y 251-279.
- GOIRDANI, H., *Il messaggio sociale di Gesù* (Milán 1947).
- GODET, P., *Saint Cyprien en Dictionnaire de Theologie Catholique*, 3, 2459-2470.
- GRABAR, A., *Martyrium, Recherche sur le culte des reliques et l'art chretien antique* (Londres 1972).
- GRANJEAU, E., *La pensée de Saint Cyprien sur le martyre en Revue pratique d'apologetique*, 22 (1916) pp. 160-172 y 354-362.
- HAMMAN, A., *Actes de martyrs en La Vie Spirituelle*, 89 (1953) pp. 30-36;
— *La geste du sang* (Paris 1951).
- HANOZIN, P., *La geste des martyrs* (Paris 1935).
- HARNACK, A., *Die Mission und Ausbreitung des Christenthus* (Leipzig 1912).
- HARTMANN, P., *Origène et la theologie du martyre d'apres le ΠΡΟΤΡΕΠΤΙΚΟΣ de 235 en Ephemerides Theologicae Lovanienses*, 34 (1958) pp. 773-824.
- HEFELE, J., *Histoire des Conciles I* (Paris 1907).
- HERTLING, L., *La figura umana e religiosa di San Cipriano en La Civiltà Catolica*, 3 (1958) pp. 449-462.
- HOPPENBROUWERS, V., *Recherches sur la terminologie du Martyre de Tertulien a Lactance* (Nijmegen 1961).

- HORT, J. A., *Basilides en Dictionary of Christiam Biography*, I pp. 274-275.
- HUMMEL, E. L., *The concept of martyrdom according to St. Cyprian of Cartage* (Washington 1946).
- JACOB, R., *Le Martyre, Epanouissement du sacerdoce des chrétiens, dans la littérature patristique jusqu'en 258 en Mélanges de Science Religieuse*, 24 (1967) pp. 57-83; 153-172 y 177-209.
- JANSSEN, H., *Kultur und sprache* (Nijmegen 1938).
- JOHANNY, R., *Cyprien de Carthage en L'Eucharistie des premiers chrétiens* (Paris 1976) pp. 151-175.
- JOURJON, M., *Cyprien de Carthage* (Paris 1957).
- JULION, D., *La fuite de la persécution durant les trois premiers siècle du christianisme* (Lyon 1903).
- KEEMAN, A. E., *Thascii Caecilii Cyprianai De Habitu Virginum. A Commentary, with an Introduction and Translation* (Washington 1932).
- KITTEL, G., *Grande Lessico del Nuovo Testamento VI* (Brescia 1970).
- KOCH, H., *Ancora Cipriano e la letteratura cristiana greca en Recherche Religiose*, 5 (1929) pp. 523-537;
 — *I rapporti di Cipriano con Ireneo ed altri scrittori greci en Recherche Religiose*, 5 (1929) pp. 137-163;
 — *La sopravvivenza di Cipriano en Recherche Religiose*, 6 (1930) pp. 304-316 y 492-501; 7 (1931) pp. 122-132 y 313-335; 8 (1932) pp. 6-15 y 317-337; 9 (1939) pp. 502-522.
- LABERTUJON, A., *Petits essais de religion et d'histoire* (Paris 1899).
- LABRIOLLE, P. DE, *Martyr et confessor en Bulletin d'ancienne littérature et d'archéologie chrétienne*, 1 (1901) pp. 50-54.
- LAZZATI, G., *Sviluppi della letteratura sui martiri nei primi quattro secoli* (Turin 1956).
- LEBRETON, J., *S. Cyprien et Origène en Recherches de Science Religieuse*, 20 (1930) pp. 160-162.
- LECLERCQ, H., *L'Afrique chrétienne* (Paris 1904);
 — *Les certificats de sacrifice païen sous Dèce en 250 en Bulletin d'ancienne littérature et d'archéologie chrétienne*, 4 (1914) pp. 52-60; 188-201;
 — *Les martyrs* 2 vols. (Paris 1902-1932).
- LEONARD, F., *Sancti Thascii Caecilii Cypriani libri Ad Donatum, De mortalitate, Ad Demetrianum, De bono patientiae* (Namur 1887).
- LOHMEYER, E., *L'idée du martyr dans le judaïsme et dans le christianisme primitif en Revue d'histoire et de philosophie religieuse*, 7 (1927) pp. 316-329.
- LOMIENTO, G., *Cipriano per la preparazione al martirio dei Tibaritani (Ep. 58, Hartel) en Annali della Facoltà di Magisterio dell'Università di Bari*, 3 (1962) pp. 5-39.

- LONGIS, G. DE, *Studio su Cecilio Cripriano scrittore latino del secolo III* (Benevento 1909).
- LOT-BORODINE, M., *Le martyre, comme temoignage de l'amour de Dieu, d'après Nicolas Cabasillas en Irenikon*, 27 (1954) pp. 156-168.
- MADOZ, J., *El amor a Jesucristo en la Iglesia de los mártires en Estudios Eclesiásticos*, 12 (1933) pp. 313-344.
- MAMACHIO, V., *Originum et antiquitatum christianorum*, 15, III (Roma 1751).
- MAS, R., *El combate espiritual en la antigua tradición ascética en Regnum Dei*, 35 (1953) pp. 156-177.
- MATROYE, P., *Une tentative de revolution sociale en Revue des questions historiques*, 3 (1904) pp. 406-407.
- MELARDI, A., *San Cipriano di Cartagine. Contributo all'apologetica latina del II secolo* (Potenza 1901).
- MONCEAUX, P., *Histoire litteraire de l'Afrique chretienne depuis les origines jusqu'a l'invasion arabe, II: Saint Cyprien et son temps* (Paris 1914);
— *Saint Cyprien* (Paris 1914);
— *Saint Cyprien. Pour le dix-septième centenaire de sa morte en Nova et vetera*, 33 (1958) pp. 249-261;
— *La vraie legende dorée* (Paris 1928).
- NAVICKAS, J. C., *The Doctrine of St. Cyprian on the Sacraments* (Würzburg 1924).
- NICOTRA, G., *Dottrina di Cipriano sull'efficacia dei Sacramenti en Scuola Cattolica*, 18 (1940) pp. 582-587.
- ORLANDIS, J., *Historia de la Iglesia*, I (Madrid 1974).
- PACIORKOWSKI, R., *L'heroïsme religieux d'après la Passion des saintes Perpétue et Felicite en Revue des études augustinienes*, 5 (1959) pp. 367-389.
- PEETERS, P., *Les traductions orientales du mot martyr en Anacleto Bollandiana*, 39 (1921) pp. 50-64.
- PELLEGRINO, M., *Eucaristia e martire in San Cipriano en Convivium Dominicum* (Catania 1959);
— *Les sens ecclésial du martyre en Revue des Sciences Religieuses de l'Université de Strasbourg*, 35 (1961) pp. 150-171;
— *Studi su l'antica apologetica* (Roma 1947).
- PETERSON, E., *Le martyr et l'Eglise en Dieu Vivant*, 5 (1946) pp. 17-31.
- POSCHMANN, B., *Paenitentia secunda. Die Kiltliche Busse im ältesten Christentum bis Cyprian und Origines* (Bonn 1940).
- POURRAT, F., *La spiritualité chétienne des origines de l'Eglise au moyen age* (Paris 1918).
- PREVOST, M. LA, *Etude philologique et littéraire sur Saint Cyprien* (Paris 1889).
- QUACQUARELLI, A., *La persecuzione secondo Tertulliano en Gregorianum*, 31 (1950) pp. 562-589.

- QUASTEN, J., *Patrología*, I (Madrid 1961).
- RAMOS-LISSON, D., *El testimonio de los primeros cristianos* (Madrid 1969).
- RIVIERE, J., *Autour de la question du martyr en Revue pratique d'apologetique*, 4 (1907) pp. 624-643.
- RODORF, W., *L'esperance des martyrs chrétiens en Forma Futuri, Studi in onore del Cardinale Pellegrino* (Torino 1975) pp. 445-461.
- ROPS, D., *Le martyr, temoignage humain, acte sacramentel en Vie Spirituelle*, 77 (1947) pp. 416-425.
- ROSATI, N., *Nel palazzo dell'anima du San Cipriano martire* (Siena 1938).
- RUIZ-BUENO, D., *Actas de los Mártires* (Madrid 1951).
- SAGE, M. M., *Cyprian* (Cambridge 1975).
- SALAVILLE, S., *Eucharistie et culte eucharistique selon Saint Cyprien*. Tesis Doctoral. Universidad de Lovaina (Lovaina 1967).
- SAXER, V., *Vie liturgique et quotidienne à Cartague vers le milieu du III siècle* (Ciudad del Vaticano 1969).
- SORDI, M., *Il cristianesimo e Roma* (Bologna 1965).
- SORTAIS, G., *Valeur apologetique du martyr* (Paris 1905).
- TEEUWEN, W. J., *Sprachlicher Bedeutungsweschsel bei Tertullian en Studien zur Geschichte und Kultur des Altertums*, 14 (1926) pp. 87-97.
- VILLER, M., *La spiritualité des premiers siècles chrétiens* (Paris 1930).
 — *Martyr et ascèse en Revue d'ascetique et de mystique*, 6 (1925) pp. 105-142;
 — *Martyr et perfection en Revue d'ascetique et de mystique*, 6 (1925) pp. 3-25.
- VIZMANOS, P. B., *Las vírgenes cristianas en la Iglesia primitiva* (Madrid 1959).
- VOGEL, C., *Introduction aux sources de l'histoire du culte chrétien au moyen âge* (Spoleto 1966).
- WATSON, E. W., *The Style and Language of St. Cyprian en Studia Biblica Ecclesiastica*, 4 (1896) pp. 60-92.
- WILLEMS, B., *La nécessité de l'Eglise pour le salut en Concilium*, 1 (1965) pp. 101-114.
- ZEILLER, J., *La vie chrétienne aux deux premiers siècles en Recherches de Science Religieuse*, 24 (1934) pp. 513-532.



EL MARTIRIO Y LA TEOLOGIA MARTIRIAL DE SAN CIPRIANO

I. EL MARTIRIO COMO COMBATE ESPIRITUAL

1. *El combate de la vida cristiana*

Ya en la literatura del Antiguo Testamento, pero sobre todo en la del Nuevo, se nos presenta al cristiano esencialmente como un luchador. Son muchos los pasajes en los que aparece esta idea expresada a través de metáforas ascéticas y militares. San Pablo recurre a la imagen del pugilato, lucha cuerpo a cuerpo contra un adversario de carne y hueso ¹. Esto supone una ascesis y un entrenamiento riguroso ² y sobre todo una resistencia inquebrantable ante las situaciones más peligrosas ³. Cristo describe la lucha contra Satanás como un combate entre dos guerreros ⁴ y exige a sus discípulos —que no pueden permanecer neutrales en el combate ⁵— que consideren los recursos necesarios para afrontar victoriosamente a semejante enemigo ⁶.

San Pablo acude también a la imagen militar. Con el Bautismo, el cristiano se «alista» para guerrear en campaña ⁷ y combatir en el combate de la fe ⁸. Por eso traza la figura del creyente como un soldado ⁹⁻¹⁰, soportando todos los sacrificios por su profesión ¹¹. Para poder resistir el ataque, los cristianos han de pertrecharse de un armamento adecuado, las armas espirituales ¹²; el Apóstol los

-
1. Cfr. Eph. 6, 12.
 2. Cfr. 1 Cor. 9, 25.
 3. Cfr. 2 Cor. 4, 8-9.
 4. Cfr. Lc. 11, 21-23.
 5. Cfr. Mt. 10, 34.
 6. Cfr. Lc. 14, 28-31.
 7. Cfr. 2 Tim. 2, 4.
 8. Cfr. Tim. 1, 18.
 9. Cfr. 2 Tim. 2, 3-4.
 10. Cfr. 2 Tim. 2, 4.
 11. Cfr. 2 Cor. 7, 5; 2 Tim. 2, 3.
 12. Cfr. 2 Cor. 10, 3-4.

presenta armados de pies a cabeza: «revestíos de la coraza de la fe y de la caridad y del yelmo de la esperanza en la salvación»¹³.

2. Antecedentes e imágenes del martirio como combate espiritual

Esta idea del cristianismo como luchador es recogida fielmente por los escritores de los primeros siglos del cristianismo y aplicada, de una manera más concreta, al cristiano que lucha por defender su fe incluso con la amenaza de perder su vida. Si la vida cristiana se puede comparar a un combate o lucha, el martirio será la forma más alta de esta lucha. San Cipriano llega a decir que en la persecución, el cristiano libra el *agon sublimis et magnus* y el *certamen maximum*¹⁴.

San Ignacio de Antioquía, Clemente de Alejandría, Orígenes y Tertuliano ya expresan este concepto de lucha de una manera explícita al hablar del martirio¹⁵.

Antes de ver cómo inserta San Cipriano esta idea en su teología martirial, nos fijaremos en la manera como lo hace su gran maestro Tertuliano. Es sabido que Tertuliano influyó de una manera muy clara en el pensamiento y en la formación de nuestro obispo y es este uno de los puntos en los que claramente se percibe su influjo¹⁶.

En muchos de los escritos de Tertuliano, se descubre un vocabulario plagado de términos de sentido eminentemente mili-

14. «Ecce agon sublimis et magnus et coronae caelestis praemio gloriosus, ut spectet nos certantes Deus et super eos quos filios facere dignatus est oculo suos pandens certaminis nostri spectaculo perfruatur». *Ep.* 58, VIII (CSEL. III 2, 663); «... fortes et stabiles ad maximi certaminis proelium prompta deuotione prodistie». *Ep.* 10, I (CSEL. III 2, 490); «Ipsius enim esse quod ad maximi certaminis palman subacto aduersario peruerimus». *Ep.* 76, V (CSEL. III 2, 831).

15. Cfr. F. POURRAT, *La spiritualité chrétienne des origines de l'Eglise au moyen age*, I (París 1918) pp. 82-85; H. GIORDANI, *Il messaggio sociale di Gesù*, II (Milán 1947) pp. 82-83.

16. Como se sabe por noticia de San Jerónimo, San Cipriano no pasaba día sin leer su página de su gran compatriota cartaginés, sin que para ello fuera óbice su desvío final, y solía pedir el códice a su secretario con la solemne frase: *Da magistrum*. Cfr. SAN JERÓNIMO, *De viris illustribus*, 53 (TU. 14, 31).

tar: los cristianos son los soldados de Cristo¹⁷; el premio que esperan recibir de su jefe es calificado de gratificación, *donatium*¹⁸; la palabra *sacramentum* es frecuentemente aplicada al bautismo en su sentido técnico de juramento de fidelidad de un soldado a su jefe¹⁹.

Ya desde el comienzo de sus escritos, queriendo justificar la conducta de los cristianos ante los magistrados romanos, expresa en su tratado *Apologeticum* esta idea que luego irá desarrollando más extensamente a lo largo de su obra: el cristiano, al defender su fe ante los paganos, libra una importante batalla. Nos lo dice del siguiente modo:

«Es cierto que queremos sufrir; pero al modo del que sufre en la guerra, aunque esta no sea querida por nadie, pues el guerrear necesariamente impone temores y peligros. Pero tanto el luchador como el vencedor gozan con la guerra por conquistar en ella la gloria y el botín, aun cuando se duelan de su crudeza. Nuestra guerra consiste en ser llevados ante los tribunales para allí pelear por la verdad aun con riesgo de nuestra cabeza. La victoria consiste, pues, en obtener aquello por lo que se lucha. Esta victoria tiene la gloria de agradar a Dios y el botín de la vida eterna. Pero ¿sucumbimos? Sí, ciertamente, mas después da haber alcanzado lo que pretendíamos. Luego, somos vencedores muriendo y escapamos cuando sucumbimos»²⁰.

17. «Non enim et nos milites sumus — eo quidem maiores disciplinae, quanto tanti imperationis». TERTULIANO, *De exhortationis castitatis*, 12 (CChr. SL II, 1031).

18. «Stipendia enim delinquentia mors, donatium ante Dei uita aeterna». TERTULIANO, *De resurrectione mortuorum*, 47 (CChr. SL II, 985).

19. Cfr. E. DE BACKER, *Le sens classique du mot sacramentum dans les œuvres de Tertullien* (Bruselas 1909).

20. «Plane uolumus (pati), uerum eo more, quo bellum nemo quidem libens patitur, cum et trepidare et periclitari sit necesse. Tamen et proeliatu omnibus et uincens in proelio gaudet quid e proelio querebatur, quia et gloriam consequitur et praedam. Proelium est nobis, quod prouocamur ad tribunalia, ut illic sub discrimine capitis pro meritate certemus. Victoria est autem, pro quo certaueris, obtinere. Ea uictoria habet et gloriam placendi Deo et praedam uiuendi in aeternum. — Sed obducimur. Certe, cum obtinuimus. Ergo uincimus, cum occidimur, denique euadimus, cum obducimur... Hic est habitus uictoriae nostrae, haec palmata uestis, tali curru triumphamus!». TERTULIANO, *Apologeticum*, 50 (CChr. SL I, 169).

El enemigo contra el que se libra la batalla no es citado por Tertuliano en sus obras de manera explícita, pero no cabe duda de que se está refiriendo al demonio. Para los cristianos de ese tiempo, las persecuciones del poder civil eran, ante todo, provocaciones del demonio a las que ha de resistir, luchar y vencer.

Tertuliano desarrolla el modo de efectuar esta lucha. Lo hace, entre otros lugares, de una manera muy clara en un texto de su tratado *Ad Martyras*. En él, dice a los cristianos que, por razón del juramento hecho a Dios, están llamados a la milicia. Para la guerra es necesaria una adecuada preparación y esta ha de ser necesariamente dura y penosa si quieren lograr la victoria. Continúa haciendo una comparación con la preparación que requieren los atletas para ganar la corona en las competiciones en el estadio, y también a ellos les dice que han de esforzarse a diario y con tesón. Unos y otros, al igual que los cristianos, han de librar un importante combate:

«Tenéis que sufrir un buen combate, en el cual Dios vivo es el espectador; el Espíritu Santo el preparador de atletas; la corona será la eternidad; el premio de la sustancia angélica, la ciudadanía celeste, la gloria por los siglos de los siglos»²¹

21. «Uocati sumus ad militiam dei uiui iam tunc, cum in sacramenti uerba respondemus. Nemo miles ad bellum cum deliciis uenit nec de cubiculo ad aciem procedit, sed de papilionibus expeditis et substrictis, ubi omnis duritia et inbonitas et insauitas constitit. Etiam in pace labore et incommodis bellum pati iam ediscunt in armis deambulando, campum decurrendo, fossam moliendo, testudinem destinando desudando. Sudore omnia constant, ne corpora atque animi expauescant de umbra ad solem et sole ad gelum, de tunica ad lorica, de silentio ad clamorem, de quiete ad tumultum. Proinde uos, benedicti, quodcumque hoc durum est, ad exercitationem uirtutum animi et corporis deputate. Bonum agonem subituri estis, in quo agonothes deus uiuus est, xystarches spiritus sanctus, corona aeternitatis brabium angelicae substantiae, politia in caelis, gloria in saecula saeculorum. Itaque epistates uester Christus Iesus, qui uos spiritu unxit et ad hoc seamma produxit, uoluit uos ante diem agonis ad duriorum tractationem a liberiore condicione seponere, ut uires corroborarentur in uobis. Nempe enim et athletae segregantur ad strictiorem disciplinam, ut robori aedificando uacent. Continentur a luxuria, a cibis laetioribus, a potu locundiore, coguntur, cruciantur, fatigantur: quanto plus in exercitationibus laborauerint, tanto plus de uictoria sperant. Et illi, inquit apostolus (I, Cor., IX, 25), ut coronam corruptibilem consequantur. Nos aeternam consecuturi carcerem nobis pro palaestra interpretamur, ut ad stadium tribunalis bene exercitati incommodis omnibus producatur, quia uirtus duritia exstruitur, mollitia uero destruitur». TERTULIANO, *Ad Martyras*, 3 (CChr. SL I, 5-6).

3. *El martirio como combate espiritual en San Cipriano*

San Cipriano toma íntegramente las imágenes utilizadas por Tertuliano en cuanto a los cristianos de cara al martirio y las desarrolla con una extensión y profundidad mayores aún.

Estas imágenes, sacadas de la vida de la época, del cristiano como un soldado combatiente en la guerra o como un luchador en los juegos del anfiteatro o en el estadio, aparecen muchas veces en los escritos cipriánicos al dirigirse a los confesores cristianos. Ambas tienen unos elementos comunes que resalta nuestro obispo: suponen un esfuerzo contra unos contrincantes a los que hay que vencer. Con ellas, lo que quiere mostrarnos es que la vida del cristiano, y especialmente en los momentos de persecución, es un verdadero combate. Es así como San Cipriano concibe la confesión de fe y el martirio y lo manifiesta con nombre muy diversos: *pugna*²², *proelium*²³, *acies*²⁴, *agon*²⁵, *certamen*²⁶, *congressio*²⁷, *conluctatio*²⁸, *militare*²⁹, *dimicare*³⁰ y *debellare*³¹.

Estudiaremos a continuación algunos de los pasajes, los más significativos, para ver el sentido en el que el obispo de Cartago concibe esta lucha.

22. Por el elevado número de referencias nos limitaremos en esta y en las siguientes notas hasta la 31 inclusive, a indicar el documento en el que aparecen los conceptos, sin especificar el lugar en el que se encuentran. *Ep.* 37, II; *Ep.* 38, I; *Ep.* 56, II; *Ep.* 57, III y V; *Ep.* 58, I; *Ep.* 60, III; *Fort.* Praef. I y IV; *Mort.* 15.

23. *Ep.* 10, II; *Ep.* 28, I; *Ep.* 37, III; *Ep.* 38, I; *Ep.* 55, IV y XVII; *Ep.* 57, I, II, III y V; *Ep.* 58, I; *Ep.* 65, I; *Laps.* 13 y 36; *Fort.* Praef. II y V; *Mort.* 15.

24. *Ep.* 10, I y IV; *Ep.* 13, II; *Ep.* 19, II; *Ep.* 54, I; *Ep.* 55, IV y XIX; *Ep.* 56, II; *Ep.* 57, III y IV; *Ep.* 58, VIII; *Laps.* 8 y 36; *Mort.* 15; *Pat.* 12.

25. *Ep.* 10, IV; *Ep.* 19, II; *Ep.* 37, III; *Ep.* 38, I; *Ep.* 55, IV; *Ep.* 58, VIII; *Ep.* 60, V; *Ep.* 80, I y II; *Fort.* Praef. II.

26. *Ep.* 10, I, II, III, y IV; *Ep.* 28, I; *Ep.* 37, III; *Ep.* 38, I; *Ep.* 39, II; *Ep.* 55, IV; *Ep.* 57, I, II y V; *Ep.* 60, V; *Ep.* 76, V; *Laps.* 13 y 36; *Orat.* 15; *Fort.* Praef. I; *Mort.* 26; *Pat.* 12.

27. *Ep.* 10, IV; *Ep.* 28, I; *Ep.* 37, I; *Ep.* 38, I; *Ep.* 39, II; *Ep.* 55, XIII; *Ep.* 57, III y V; *Ep.* 58, VIII; *Laps.* 8, 13 y 14; *Unit.* 22; *Orat.* 15.

28. *Ep.* 39, II; *Laps.* 13; *Pat.* 4.

29. *Ep.* 10, IV; *Ep.* 57, II, III y V.

30. *Ep.* 10, IV; *Ep.* 13, II; *Ep.* 76, IV.

31. *Ep.* 73, XXII.

a) *Lucha contra el demonio*

Son muchas las referencias que aparecen en los escritos de San Cipriano, en las que se nos muestra con claridad, que el enemigo del cristiano en la persecución es el diablo.

En el tratado *Ad Fortunatum*, escrito para exhortar a los cristianos al martirio, nos habla repetidas veces de ello. Comienza en el prefacio describiendo al demonio como astuto y experimentado. Nos dice que son muchos los años que lleva tentando y combatiendo a los hombres. En tantos años ha aprendido un sinfín de artes y argucias. Ha aprendido toda clase de recursos, estratagemas y ardides para tratar así de derribar al hombre; no cesará su intento en ningún momento y buscará cualquier descuido para seducirle y engañarle ³².

Anima por ello a los cristianos a no desfallecer en su lucha en ningún momento. Se esfuerza San Cipriano en hacerles ver que cualquier descuido, cualquier relajación de intensidad en la lucha, no pasará inadvertida al diablo, que siempre está despierto y no descansa jamás.

El diablo tratará de seducir y engañar al cristiano, pero nada podrá si este resiste, pues, como sabemos, el Señor no abandona a los que le confiesan.

De manera análoga, en la epístola 58, escrita a los fieles de Thíbaris, les anima a prepararse para la lucha y les dice que han de tomar las armas de las defensas espirituales y celestiales, para poder resistir en los difíciles momentos ante las amenazas del diablo y así luchar más denodadamente ³³.

En muchas ocasiones nos habla expresamente del anticristo y nos muestra la persecución como un triunfo suyo. Esto nos lo expresa también en el prefacio del tratado *Ad Fortunatum* en el que dice que ya se acerca su temible venida ³⁴.

32. «Aduersarius uetus est et hostis antiquus cum quo praelium gerimus. Sex milia annorum iam paene complentur, ex quo hominem diabolus impugnat. Omnia genera temptandi et artes atque insidias deiciendi usu opso autustatis edidicit. Si imparatum inuenerit Christi militem, si rudem, si non sollicita ac toto corde uigilantem, circumuenit nescium, fallit incautum, decipit imperitum». *Fort. Praef. 2* (CChr. SL III, 183).

33. Cfr. *Ep.* (CSEL. III 2, 656-666).

34. «Antichristi tempus infestum appropinquare iam coepit...». *Fort. Praef. 1* (CChr. SL III, 183).

Esta misma idea nos la expone en la epístola antes citada. En ella pide a los cristianos que no se turben ni se espanten por la llegada del anticristo en la persecución ³⁵.

En los duros momentos de la prueba, ante el terror de los inminentes sufrimientos, con el pensamiento de las oscuras y pestilentes prisiones, de los dolores de las torturas y la posibilidad muy real de la muerte, el cristiano puede flaquear en su decisión de seguir a Cristo. Será ésta una ocasión que no desperdiciará el diablo mostrándole, de una manera sutil, las ventajas del mundo y sus placeres, intentando así que apostaten. Este *mundus*, tomado en su sentido peyorativo, es un instrumento del diablo que San Cipriano nos lo muestra asociado a él en muchos de sus escritos ³⁶.

El fin que pretende el diablo en esta impugnación de los cristianos es el hacerlos volver a la idolatría, es decir, convertirlos nuevamente adoradores suyos, ya que el culto a los ídolos es el culto al diablo. Esta idea que se trasluce en el fondo de todas sus obras aparece directamente expresada en algunas de ellas ³⁷.

Pero el poder que el demonio ejerce sobre las criaturas no es sino un dominio autorizado por Dios. San Cipriano, consciente de esta realidad, se siente optimista ante la influencia diabólica. Sabe que el poder de Dios está muy por encima de las fuerzas del mal, y este convencimiento trata de transmitirlo a los cristianos que serán tentados. En algunos pasajes nos lo dice expresamente:

«Viene el anticristo, pero detrás viene Cristo» ³⁸.

En el comentario al salmo XXV que hace en el tratado *Ad Fortunatum*, habla de que no ha de temerse la hostilidad del

35. Cfr. *Ep.* 58 VII, 1 (CSEL. III 2, 662).

36. Este *mundus* al que se refiere San Cipriano es, aquella realidad exterior al hombre, y por el hombre perceptible, contaminada por la corrupción e introducida por el pecado. Concepto ya muy conocido y utilizado por los escritores cristianos anteriores a nuestro obispo. San Cipriano nos habla de ello en *Fort.* 10, 11 y 13 (CChr. SL III, 198-201, 201 214-216); *Orat.* 27 (CChr. SL III A, 107).

37. Cfr. *Quir.* III, 59 (CChr. SL III, 146-150); *Dem.* 15,16 (CChr. SL III A, 43-44); *Unit.* 3 (CChr. SL III, 250-251); *Laps.* 8, 15 (CChr. SL III, 225, 228-229); *Ep.* 55, 59 y 65 (CSEL. III 2, 645, 676 y 723).

38. «Venit antichristus, sed superuenit Christus». *Ep.* 58, VII (CSEL. III 2, 662).

diablo cuando nos declara la guerra, pues tendremos siempre la ayuda divina y esto, además, nos servirá para lograr la morada de Dios y la salvación eterna³⁹.

En la epístola 6, nos recuerda el pasaje de los tres jóvenes Ananías, Azarías y Misael en el horno de fuego y nos los muestra como figura de los perseguidos. Nos dice a continuación que Dios tiene poder para librarlos de las manos de sus perseguidores, y que lo hará cuando El quiera⁴⁰.

El demonio, que es también una criatura de Dios, cumple por ello, en todo momento, los planes del Creador y por ello, pese a sus maquinaciones perversas, sirve con ellas a los planes divinos, aun sin él quererlo ni intentarlo. El demonio es el autor de las persecuciones, pero lo es con un poder permitido. Este poder no es absoluto. Dios está por encima y nada de lo que ocurre en la persecución está fuera de este control divino⁴¹. La lucha del cristiano en la persecución es una lucha contra el demonio, pero es una lucha en la que, si es fiel a sus compromisos, tiene la victoria asegurada.

b) *Características de la lucha*

En la epístola 10, escrita en los momentos más duros de la persecución de Decio y dirigida a los mártires y confesores de Cartago, nos describe San Cipriano los rasgos esenciales de esta lucha: un auténtico combate espiritual contra las fuerzas del demonio, a la vez que nos enumera las características que deben tener los soldados que en ella participan: una fortaleza invencible de su fe, una confianza del auxilio divino, una aceptación del alto heroico y meritorio por parte de Dios que lo contempla como su «espectáculo», la alegría de Cristo que lucha con y en el cristiano, la predicción profética de los martirios, el ejemplo precedente de Cristo y de los apóstoles, el esti-

39. Cfr. *Fort.* 10 (CChr. SL III, 199).

40. «Addiderunt posse omnia Deum facere, sed tamen non in hoc fidere ut liberari in praesentia uellent, sed illam libertatis et securitatis aeternae gloriam cogitarent». *Ep.* 6, III (CSEL. III 2, 695-696).

41. «Non tamen idcirco cedendum est quia minantur, aut inde aduersarius et iniuriens maior est Christo quia tantum sibi uindicat et adsumit in saeculo». *Ep.* 59, II (CSEL. III 2, 667).

mulo que produce en los hermanos una confesión victoriosa de la fe ⁴².

Años después, ante la amenaza de la persecución de Galo, que se creía iba a ser más dura aún que la de Decio, escribe a los de Thíbaris las siguientes palabras:

«Se acercá un combate más fuerte y más cruel, para el cual los soldados de Cristo deben prepararse con fe incorrupta y fortaleza vigorosa» ⁴³.

Un poco más adelante recuerda que el cristiano, habiéndose inscrito en la milicia de Cristo, no debe rehusar a la lucha cuando ésta se le presenta ⁴⁴.

De manera análoga nos habla de esta lucha en el prólogo al opúsculo sobre el martirio, en el que dice a Fortunato que ha compuesto este resumen de exhortaciones de las Sagradas Escrituras «para preparar y fortalecer a los hermanos, y animar a los soldados de Cristo al combate espiritual que les lleve al cielo» ⁴⁵. A continuación nos indica la necesidad de una preparación adecuada para vencer en este combate. Usando para ello las imágenes del guerrero y del atleta, expresa:

«Nunca será, pues, apto para la guerra el soldado que antes no se hubiera ejercitado en las maniobras, ni el que va tras la corona de luchador en el estadio será coronado si antes no ha ensayado su habilidad y la pericia de sus facultades» ⁴⁶.

Queda claro, a la vista de los textos citados, que son tan sólo una muestra de los muchos en los que San Cipriano habla

42. Cfr. *Ep.* 10 (CSEL. III 2, 490-495).

43. «Grauior nunc et ferocior pugna inminet, ad quam fide incorrupta et uirtute robusta parere se debeant milites Christi». *Ep.* 58, I (CSEL. III 2, 656).

44. «Neque enim sic homen militiae dedimus ut pacem tantummodo cogitare, et detractare ac recusare militiam debeamus». *Ibidem.* III (CSEL. III 2, 658).

45. «Ad praeparandas et corroborandas fratrum mentes de diuinis scripturis hornamenta componerem quibus milites Christi ad caeleste et sipiritale certamen animarem». *Fort. Praef.* 1 (CChr. SL III, 183).

46. «Neque enim idoneus potest esse miles ad bellum qui non exercitatus prius in campo fuerit, aut qui agonisticam coronam quaerit adipisci in stadio coronatibur, nisi usum et peritiam uirium ante meditetur». *Ibidem.* 2 (CChr. SL III, 183).

del tema, que para nuestro obispo el martirio es, ante todo, un combate, pero es un combate un tanto particular. No se trata de un combate del tipo de los que el mundo conoce, de una lucha física. No son fuerzas materiales que se enfrentan y se disputan la victoria, sino que se trata, por el contrario, de un «certamen o lucha celestial y espiritual» como San Cipriano nos repite en muchas ocasiones⁴⁷. Consiste principalmente en el choque violento del cristiano que no quiere renegar de su fe ante los perseguidores, instrumentos del demonio, que con intimidaciones y violencias quieren forzarlo a la apostasía.

El confesor no debe oponer a su enemigo una resistencia física, no debe reaccionar de una manera violenta en la pelea. Debe, en cambio, luchar y vencer oponiendo una negativa absoluta a la sollicitación del adversario. El cristiano es vencedor cuando mantiene esta negativa hasta la muerte si es preciso.

«Los soldados de Cristo —dice San Cipriano— no pueden ser vencidos, si bien pueden morir y por esto mismo son invictos: porque no temen morir ni contestan atacando a los que combaten, ya que... no es lícito ni siquiera matar a los que matan, sino que deben dar prontamente la sangre y la vida»⁴⁸.

Deben imitar el ejemplo del sufrido Abel, que se entregó en manos de su enemigo y humilde y con mansedumbre sufrió pacientemente la muerte⁴⁹. Del mismo modo el comportamiento de Jesucristo aparece muchas veces como ejemplo en San Cipriano, el cual en el momento de ser apresado reaccionó con una entrega pacífica y sin prestar violencia a los opresores. Esta actitud del confesor no es fruto de la impotencia, pues de

47. «Certamen spiritale». *Ep.* 10, II (CSEL. III 2, 491); *Ep.* 28, I (CSEL. III 2, 545); *Fort. Praef.* 1 (CChr. SL III, 183); «Agon spiritale»: *Ep.* 10, II (CSEL. III 2, 491); *Ep.* 80, II (CSEL. III 2, 840); *Fort. Praef.* 1 (CChr. SL III, 183); «Agon coeleste»: *Ep.* 10, IV (CChr. SL III, 492).

48. «Sed retusus adunati exercitus fide pariter et uigore intellexit milites Christi uigilare, iam sobrios et armatos ad proelium stare, uinci non posse, mori posse, et hoc ipso inuictos esse quia mori non timent, nec repugant contra impugnantes, cum occidere innocentibus nec nocentem liceat, sed prompte et animas et sanguinem tradere, ut cum tanto in saeculo malitia et saeuitia grassetur, a malis et saeuis uelocius recedatur». *Ep.* 60, II (CSEL. III 2, 696).

49. Cfr. *Pat.* 10 (CChr. SL III A, 123-124); *Ep.* 58, V (CSEL. III 2, 660).

haber luchado violentamente los cristianos hubieran podido combatir con eficacia y presentar un ejército numeroso, como parece querer decirnos San Cipriano en su tratado a Demetrio ⁵⁰.

La lucha se produce, pues, en la misma voluntad del cristiano. Por un lado, la recta voluntad, que bajo la luz del dictamen de la conciencia, iluminada por la fe y fortalecida al mismo tiempo por la gracia, dice ser ilícito apostatar y quiere mantenerse firme en el cumplimiento de su deber; por otro lado, las insinuaciones y amenazas de los perseguidores, que los cristianos saben acabarán en un sinfín de penas, privaciones y tormentos, tanto físicos como morales, y que podrían evitar tan sólo con ceder en su fe y abjurar. Esta era la alternativa, verdaderamente terrible, en que se debatía la voluntad del confesor, y en ella consistía la lucha que San Cipriano considera como un punto central en su martiriología y que tan repetidamente manifiesta en muchos de sus escritos.

c) *Situaciones en las que se da esta lucha*

Este combate espiritual lo vive el cristiano siempre que defiende su fe contra un medio hostil. En el tiempo de la persecución lo vive, no sólo cuando se encuentra a las puertas de los tormentos que le conducirán a la vida eterna, sino también cuando sufre padecimientos que no acabarán necesariamente con su propia vida.

Así, dirigiéndose a Mappalico y a sus compañeros que han sobrevivido de largos y penosos tormentos, San Cipriano les felicita reconociendo que han librado un importante combate:

«La confesión actual es tanto más gloriosa y honorífica cuando exige más fortaleza en los sufrimientos: se ha intensificado la lucha, y se ha acrecentado la gloria de los luchadores. Y no os habéis mostrado morosos en el combate por miedo a los tormentos, sino que más bien los mismos tormentos os han excitado a ella, y con

50. «Nemo nostrum quando adprehenditur reluctatur nec se aduersus iniustam uiolentiam uestram quamuis nimius et copiosus noster populus ulciscitur». *Dem.* 17 (CChr. SL III A, 44).

ánimo generoso os habéis lanzado valerosos y sin titubeos al supremo combate de la lucha»⁵¹.

La misma idea expresa cuando escribe a los confesores romanos que han defendido y que siguen en la cárcel manteniendo su fe.

«Vosotros —les dice— como jefes que van en la primera línea en la batalla de nuestros días, habéis levantado las insignias de la milicia celestial. Vosotros sois los que habéis iniciado con vuestra bravura el combate espiritual que Dios ha querido se libre en la actualidad. Vosotros sois los que al empezar la guerra habéis quebrantado los primeros ataques con una resistencia incommovible y una firmeza de roca. De ahí el éxito feliz en los principios de la lucha. De ahí los auspicios favorables de la victoria»⁵².

La misma concepción de lucha en el tormento la encontramos en las palabras de alabanza dirigidas al confesor Aurelio, que fue primeramente desterrado y después atormentado y del que San Cipriano dice que combatió en dos pruebas:

«Dos veces luchó, dos veces confesó y dos veces fue glorificado, una cuando fue desterrado al vencer en la carrera, y otra cuando luchó en combate con los tormentos... como soldado dispuesto y valerosísimo, combatió y venció»⁵³.

51. «Confessio tamen praesens quantum in passione fortior, tantum clarior et maior in honore est: creuit pugna, creuit et pugnantium gloria. Nec retardati estis ab acie tormentorum metu, sed ipsis tormentis magis estis ad aciem prouocati, fortes et stabiles ad maximi certaminis proelium prompta deuotione predisitis». *Ep.* 10, I (CSEL. III 2, 4909).

52. «Vos enim primores et duces ad nostri temporis proelium facti caelestis militiae signa mouistis. Vos spiritale certamen quod nunc geri Deus uoluit uestris uirtutibus inuistis. Vos surgentis belli inpetus primus immobili robore adque inconcussa sabilitate fregistis. Inde initia felicia pugnandi orta sunt. Inde uincendi auspicia coeperunt.» *Ep.* 28, I (CSEL. III 2, 545).

53. «Gemino hic agone certauit, bis confessus et bis confessionis suae uictoria gloriosus, et quando uicit in cursu factus extorris et cum denuo certamine fortiore pugnavit triumphator et uictor in proelio passionis. Quotiens aduersarius prouocare seruos Dei uoluit, totiens promptissimus ac fortissimus miles et pugnavit et uicit». *Ep.* 38, I (CSEL. III 2, 580).

Otro testimonio claro y explícito de esta idea de lucha en la confesión de su fe, la encontramos en el tratado *De lapsis*, en el que reproduce la excusa de uno que apostató después de haber luchado y padecido los primeros tormentos:

«Quise pelear con fortaleza y, acordándome de mi juramento, tomé las armas de mi fe ardiente; pero tan grandes suplicios y tan largos, acabaron por vencerme, aunque luché en el combate»⁵⁴.

En el mismo contexto, hablando de Casto y Emilio, primero apóstatas y luego confesores, dice:

«Aunque en el primer combate fueron vencidos, Dios les concedió la victoria en el segundo»⁵⁵.

San Cipriano considera también que el confesor mantiene un combate espiritual no sólo cuando es probado en su cuerpo, sino también cuando ha de soportar alguno de los padecimientos morales que acompañan a las persecuciones.

Así los encerrados en la cárcel por causa de la persecución libran allí un verdadero combate. Refiriéndose a Celerino, que ha pasado diecinueve días encarcelado, dice:

«Este ha sido el primero en el combate de nuestros días, éste el abanderado entre los soldados de Cristo, éste el que ha luchado cuando estallaba el incendio de la persecución por el mismo jefe y autor del ataque, y, venciendo al adversario por la indomable energía, ha mostrado a los demás el camino de la victoria. Es vencedor por sus heridas no de un breve momento, sino por los sufrimientos largamente soportados en la prolongada lucha en la que milagrosamente ha triunfado»⁵⁶.

54. «Certare quidem fortiter uolui et sacramenti mei memor deuotionis ac fidei arma suscepi, sed me in congressione pugnantem cruciamenta uaria et supplicia longa uicerunt». *Laps.* 13 (CChr. SL III, 227).

55. «Sic in prima congressione deuictos uictores in secundo proelio reddidit». *Ibidem*.

56. «Hic ad temporis nostri proelium primus, hic inter Christi milites antesignanus, hic inter persecutionis initia feruentia cum ipso infestationis principe et auctore, congressus, dum inexpugnabili firmitate certaminis sui aduersarium uincit, uincendi ceteris uiam fecit, non breui compendio uulnerum uictor, sed

El reconocimiento de que libran una batalla y el título de combatientes se lo dá San Cipriano, de una manera más explícita todavía, a Moisés, Máximo y otros confesores de Roma que llevaban un año en la cárcel:

«Cuanto más larga es vuestra pelea, tanto más sublime es vuestra corona, la lucha es única, pero constituida por un gran número de batallas»⁵⁷.

También cuando el cristiano es desterrado libra una batalla. En la carta de San Cipriano a los presbíteros, diáconos y fieles de Cartago, en la que les comunica la promoción de lector del confesor Aurelio, les dice:

«Este merece tal honor por su confesión, porque dos veces luchó... una cuando fué desterrado....»⁵⁸.

Finalmente, lucha también el cristiano cuando huye para escapar de los perseguidores. En la famosa carta a los de Thíbaris, después de aconsejar a los fieles que huían por la persecución a que no se aterrorizasen en la soledad ya que Cristo les acompañaría y porque Dios habitaría siempre dentro de ellos como en un templo, añade:

«Y si durante la huida pereciere alguno a manos de ladrones en el desierto o en el monte, o le atacare una fiera, o se viere angustiado por el hambre, o la sed, o el frío, o la tempestad o borrasca le sumergiere al huir por el mar en precipitada navegación, Cristo está mirando a su soldado donde quiera que éste luche, y cuando muere por el honor de su nombre en la persecución, le paga la recompensa que prometió otorgar en la resurrección»⁵⁹.

adhaerentibus diu et permanentibus poenis longae conluctationis miraculo triumphator». *Ep.* 39, II (CSEL. III 2, 582).

57. «Quod longior uestra pugnal, hoc corona sublimior: agon unus sed multiplici proelium numerositate congestus». *Ep.* 37, I (CSEL. III 2, 580).

58. «Gemino hic agone certuti .. et quando uicit in cursus factus extorris...». *Ep.* 37, III (CSEL. III 2, 578).

59. Et si fugientem in solitudine ac montibus latro oppresserit, ferai nuaserit, famis aut sitis aut frigus adflixerit, uel per maria praecipiti nauigatione propterantem tempestas ac procella submerserit, spectat militem suum Christus ubicumque pugnantem et persecutionis causa pro nominis sui honore comientem

Hemos visto, en los textos precedentes, que San Cipriano aplica el título de luchador y considera que libra un verdadero combate espiritual el cristiano que defiende su fe en los sufrimientos de la persecución; pero este combate lo libra el cristiano de una manera más plena cuando se debate ante la misma muerte. Es entonces cuando se consuma este *agon sublimis* o *certamen maximum*. Lo veremos también en algunos de los textos cipriánicos.

Al estallar la persecución de Decio, San Cipriano se dirige a los confesores encarcelados y, cantando las glorias de los primeros mártires, dice que:

«Quedaron constituidos guías de los restantes al superar los tormentos y dieron ejemplo de valor y de fe peleando en el campo de batalla hasta que la hueste enemiga murió derrotada»⁶⁰.

La misma idea de combate bajo la imagen de *agon* o competición en el estadio se destaca en la narración de la gloriosa confesión del mártir Mappálico que dió su vida ante las amenazas del procónsul:

«Unas palabras llenas del Espíritu Santo brotaron de labios del mártir, cuando el bienaventurado Mappálico dijo al procónsul en medio de sus tormentos: 'Mañana verás el combate'. Y el Señor cumplió esa promesa testimoniada con su valor y fe. Un combate celestial se produjo, y el siervo de Dios logró la corona en la brega del combate anunciado... Este es el combate que nos anuncia el apóstol Pablo, en el cual debemos competir en la carrera, y esforzarnos por lograr la gloria de la corona... Este *agon*, pues, predicho por los profetas, concedido por el Señor, realizado por los apóstoles, es el que Mappálico, en nombre propio y de sus colegas, prometió al procónsul y no se engañó en la promesa la

praemium reddit quod daturum se in rewsurrectione promisit». *Ep.* 58, IV (CSEL. III 2, 660).

60. «Probata res est certamine fratrum glorioso, qui ad tormenta uincenda ceteris duces facti exemplum uirtutis et fidei praeberunt, congressi in acies succumberet uicta». *Ep.* 10, I (CSEL. III 2, 490).

palabra fiel. Sostuvo, en efecto, la lucha anunciada, y recibió la palma conquistada»⁶¹.

El combate y su victoria consisten en haberse mantenido firmes en la fe frente a los tormentos mortales que les fueron infligidos con el intento de arrancarles la apostasía. En este sentido anima San Cipriano a los restantes confesores que permanecen en la cárcel:

«Si os llamare la lucha, si llegare el día de vuestro combate, servid valientemente, luchad con firmeza y perseverancia»⁶².

Dos años más tarde, ante la persecución de Galo, repetirá la misma idea de combate en el martirio:

«Se echa encima una lucha más feroz, para la que deben disponerse los soldados de Cristo mediante una fe entera y un valor acérrimo, pensando para esto que a diario beban el cáliz y la sangre de Cristo con el fin de poder a su vez, derramar ellos la suya por Cristo»⁶³.

La vida del cristiano en tiempos de persecución es, pues, un verdadero combate, pero un combate espiritual que se libra al padecer los tormentos y las penas, tanto físicas como morales. Este combate se libra de un modo más excelso al responder en él con la propia vida.

61. «Vox plena Spiritu Sancto de martyris ore prorupit, cum Mappalicus beatissimus inter cruciatus suos proconsuli diceret: 'Videbis cras agonem'. Et quod ille cum uirtutis ac fidei testimonio dixit Dominus inpleuit. Agon caelestis exhibitus et Dei seruus in agonis promissi certamine coronatus est... Hic est agon fidei nostrae qua congregimur, qua uincimus, qua coronamur. Hic est agon quem nobis ostendit et beatus apostolus Paulus, in quo oportet nos currere at ad coronae gloriam peruenire... Hunc igitur agonem per prophetas ante praedictum, per Dominum commissum, per apostolos gestum, Mappalicus suo et collegarum suorum nomine proconsuli repromisit. Nec fefellit in promisso suo uox fidelis. Pugnam quam spondit exhibuit et palman quam meruit accepit». *Ep.* 10, IV (CSEL. III 2, 492-493).

62. «Si uos acies uocauerit, si certaminis uestri dies uenerit, militare fortiter, dimiccate constanter». *Ibidem*.

63. «Grauior nonc et ferocior pugna inminet, ad quam fide incorrupta et uirtute robusta parare se debeant milites Christi, considerante idcirco se cotidie calicem sanguinis Christi bibere ut possint et ipse propter Christum sanguinem fundere». *Ep.* 58, I (CSEL. III 2, 656).

II. LA PRESENCIA DE CRISTO EN EL MÁRTIR

1. *En los mártires lucha y triunfa el mismo Cristo*

En el capítulo anterior hemos visto que el mártir sufre un verdadero combate contra el demonio. Este combate lo vence si es capaz de soportar todos los sufrimientos sin renegar de su fe. Al vencer, es digno de toda la gloria y de todos los honores atribuibles a un luchador. San Cipriano compara el triunfo y la gloria de los mártires a la gloria de los héroes paganos que han vencido en un combate de gladiadores, o a la del que ha vencido en las competiciones del estadio y, en muchas ocasiones, también la compara al honor que reciben los soldados que vuelven victoriosos de la batalla contra el ejército enemigo. Lo desarrolla, de una manera detallada, en su tratado *Ad Fortunatum*, en el que nos dice:

«Si es una gloria para los soldados de este mundo volver triunfantes a su patria, después de abatir al enemigo, ¿cuánto mayor y plausible gloria será, una vez vencido el diablo, volver triunfantes al paraíso, de donde fue expulsado Adán por su pecado; llevar allá, después de derribar al que antes le había derribado, los trofeos victoriosos; ofrecer a Dios un don tan grato, una felicidad incorrupta, un valor a toda prueba, unos merecimientos extraordinarios por su generosidad; acompañarle cuando viniere para tomar venganza de los enemigos, asistir a su lado cuando se sentare a juzgar, ser coheredero de Cristo, equipararse a los ángeles, disfrutar con los patriarcas, con los apóstoles, con los profetas de la posesión del reino de los cielos?»⁶⁴.

64. «Si militibus saecularibus gloriosum est ut hoste deuicto redeant in patriam triumphantes, quanto potior et maior est gloria, uicto diabolo, ad paradisum triumphantem redire et unde Adam peccator eiectus est illuc prostrato eo qui ante deiecerat tropaea uictricia reportare, offerre Deo acceptissimum munus, incorruptam fidem uirtutem mentis incolumem, aludem deuotionis illustrem, comitari eum cum uenire coeperit, uindictam de inimicis recepturus, la teri eius assistere cum sederit iudicaturus, coheredem Christi fieri, angelis codaequari, cum patriarchis, cum apostolis, cum prophetis caelestis regni possessione laetari?» *Fort.* 13 (CChr. SL III, 214-215).

Si es grande la gloria que reciben los soldados victoriosos, mayor aún ha de ser la que reciban los mártires. El combatiente pagano o el soldado del mundo reciben tan sólo un honor y una gloria totalmente transitorios y mundanos. La gloria que recibe el mártir es muy distinta. Es una corona espiritual cuyo honor no se disfruta en la tierra, sino que lo gozan en la vida del más allá.

Pero existe una diferencia aún mayor entre el mártir y el héroe pagano. Esta se basa fundamentalmente en la manera por la cual han obtenido esa victoria. El gladiador en la arena, el atleta en el estadio y el soldado en el campo de batalla triunfan por el uso de sus propios conocimientos, habilidad y fuerza, pero el mártir atribuye su victoria exclusivamente a la ayuda que le da Jesucristo.

«Nadie, amadísimos hermanos, nadie tiene que desacreditar la dignidad de los mártires, nadie debe ajar la corona de su gloria. Persevera íntegro el vigor de su fe incorrupta, y nadie puede decir o hacer contra Cristo el hombre cuya esperanza, fe, valor y gloria toda se apoyan en el mismo Cristo»⁶⁵.

El mártir sabe que no puede apoyarse en sus propias fuerzas, pues se encontraría totalmente indefenso e impotente en las manos de sus enemigos. Debe permanecer siempre consciente de su propia fragilidad y debilidad y no dejarse nunca llevar por la vana soberbia y ostentación, ni reclamar como suya la gloria de su confesión o martirio, porque ésta, en realidad, pertenece sólo a Cristo. Esta idea San Cipriano la recuerda a los cristianos cuando comenta la sexta petición del Padrenuestro:

«Más cuando rogamos que no caigamos en la tentación, entonces se nos avisa de nuestra debilidad, pues pedimos que nadie se ensorberbezca con insolencia, que nadie se arroge la gloria de su confesión o martirio»⁶⁶.

65. «Nemo, fratres dilectissimi, nemo infamet martyrum dignitatem; nemo eorum glorias destruat et coronas. Manet incorruptae fidei robor incolume, nec dicere aliquid aut facere contra Christum potest cuius et spes et fides et uirtus et gloria omnis in Christo est». *Laps.* 20 (CChr. SL III, 232-233).

66. «Quando autem rogamus ne in temptationem ueniamus, admonemur infirmitatis et imbecillitatis nostrae dum sic rogamus, ne quis se insolenter exto-

Según San Cipriano, todo el mérito que se encuentra en el martirio y todo el premio que a él le es dado, debe ser atribuído a Cristo, porque es Cristo mismo quien vive en el mártir ⁶⁷, inspirándole, animándole y dándole fuerza durante su lucha ⁶⁸. Por ser Cristo quien verdaderamente lucha y vence a El sólo le pertenece la corona de la gloria ⁶⁹.

Cristo está presenta en cualquier lugar en el que se encuentra el mártir. El mártir puede estar seguro de que Cristo le prestará esta ayuda, aunque esté languideciendo en la prisión ⁷⁰, o sufra todo tipo de calamidades en la huída ⁷¹, o cuando padezca severas torturas y abusos en las minas ⁷². Donde quiera que el mártir esté llamado a luchar, deberá tener la confianza de la continua presencia de Cristo y de su ayuda poderosa.

San Cipriano mantiene que la unión entre Cristo y el mártir es una unión real y actual. Esta unión, que se establece cuando el cristiano recibe dignamente el sacramento de la Sagrada Eucaristía, continúa actuando en el mártir de una manera misteriosa, dándole la fuerza que precisa cuando se debate ante los

llat, ne quis sibi superbe atque arroganter aliquid adsumat, ne quis aut confessionis aut passionis gloriam suam ducat». *Orat.* 26 (CChr. SL III A, 106-107).

67. «Neque enim quaerit illos quos iam subegit aut gestit euertere quos iam suos fecit. Inimicus et hostis ecclesiae quos alienauit ab ecclesia et foras duxit ut captiuos et uictos contemnit et praeterit eos pergit lacessere in quibus Christum cernit habitare». *Ep.* 60, III (CSEL. III 2, 694).

68. «Certamini suo adfuit, proeliatore atque adsertores sui nominis erexit, corroborauit, animauit». *Ep.* 10, III (CSEL. III 2, 492).

69. «Si uos acies uocauerit, si certaminis uestri dies uenerit, militate fortiter, dimiccate constanter, scientes uos sub oculis praesentis Domini dimicare, confessione nominis eius ad ipsius gloriam peruenire, qui non sic est ut seruos tantum spectet, sed ipse luctatur in nobis, ipse congreditur, ipse in certamine agonis nostri et coronat pariter et coronatur». *Ibidem.* 4.

70. «Inluminabat mundum sol oriens et luna decurrens: sed uobis idem qui solem fecit et lunam maius in carcere lumen fuit, et in corde ac mentibus uestris Christi claritudo splendens horribiles ceteris adque funestas paenalis loci tenebras aeterna illa et candida luca radiauit. *Ep.* 37, II (CSEL. III 2, 577).

71. «Solus non est cui Christus in fuga comes est». *Ep.* 58, IV (CSEL. III 2, 659).

72. «Qui nunc uobis, dilectissimi fratres, conscientiae uictoris uigor, quae sublimitas animi, quae in sensu exultantia, qui triumphus in pectore, unumquemque uestrum stare ad promissum Dei praemium, de iudicii die esse securum, ambulare in metallo captiuo quidem corpore sed corde regnante, scire Christum secum esse praesentem gaudentem tolerantiam seruorum suorum per uestigia et uias suas ad regna aeterna gradientium». *Ep.* 76, VII (CSEL. III 2, 832-833).

tribunales o cuando padece los tormentos por confesar su fe. Nos lo expresa claramente en la epístola 57:

«Pero al presente es necesaria la paz no a los enfermos, sino a los sanos, y hemos de conceder la comunión no a los que están a la muerte, sino a los vivos, para no dejar inermes y al descubierto a los que animamos y exhortamos al combate, sino fortificarlos con la protección de la sangre y el cuerpo de Cristo; la eucaristía es la que cumple este objeto y puede ser una defensa para los que la reciben; por eso debemos armar con esa fuerza del alimento del Señor a los que queremos ver defendidos contra el enemigo»⁷³.

Al ser realmente Cristo el que lucha en los mártires, estos no deben tener ningún temor y por ello pueden confiar plenamente en que lograrán la victoria⁷⁴.

En otro lugar nos habla también San Cipriano de la confianza ilimitada que los mártires pueden tener en esta ayuda divina a los que le confiesan, porque:

«Si uno guardando los preceptos del Señor y siguiendo firmemente a Cristo, hiciere resistencia contra el demonio, es seguro que lo vencerá, porque Cristo, a quien le confiesa, es invencible»⁷⁵.

Un signo especial de esta asistencia de Cristo a los mártires, es el hecho de que en ellos, en algunas ocasiones, se da el don de la profecía, que es algo que sólo se encuentra en

73. «At uero nunc non infirmis sed fortibus pax necessaria est, nec morientibus sed uiuentibus communicatio a nobis danda est, ut quod excitamus et hortamur ad proelium non inermes et nudos relinquamus, sed protectione sanguinis et corporis Christi muniamus, et cum ad hoc fiat eucharistia ut possit accipientibus esse tutela, quos tutos esse contra aduersarium uolumus, munimento dominicae saturatis armemus». *Ep.* 57, II (CSEL. III 2, 652).

74. «Timendas non esse iniurias et poenas persecutionum, quia maior est Dominus ad protegendum, quam diabolus ad impugnandum». *Fort.* 10 (CChr. SL III, 198); «ut incorruptam fidei firmitatem non blanditiae decipiant, non minae terreant, non crucitatus ac tormenta deuincant, quia maior est qui est in nobis quam qui est in hoc mundo nec plus ad deiciendum potest terrena poena quam ad erigendum tutela diuina». *Ep.* 10, I (CSEL. III 2, 490).

75. «Si uero quis dominica praecepta custodiens et fortiter Christo adhaerens contra eum steterit, uincatur necesse est, quia Christus, quem confitetur, inuictus est». *Fort.* Praef. 2 (CChr. SL III, 184).

las almas, que, de alguna manera, a El están unidas. En la tantas veces citada epístola 10, San Cipriano nos habla de la predicación de Mappálico acerca de su martirio, y continúa el relato haciendo ver como el Señor cumplió esa promesa ⁷⁶.

2. Cristo es el modelo del mártir

Esta última unión entre Cristo y el mártir y la ayuda que Cristo presta al cristiano en el martirio o en la confesión de fe, puede ser explicada por el hecho de que el mismo Cristo padeció el martirio, y sus propios sufrimientos y muerte son el modelo para todos los demás mártires.

El cristiano debe imitar en todo a Jesucristo y esta imitación es la ley fundamental del martirio. Cuando, dirigiéndose a los cristianos, Jesús dijo: «El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame» ⁷⁷, selló para siempre el carácter propio del martirio. En definitiva el mártir lo que hace es seguir a Cristo en su camino de la cruz. El Señor no pide a los cristianos nunca nada que no haya vivido El antes. Jesucristo nos dió ejemplo y tan sólo nos pide que le imitemos. Esta imitación exige, en algunos casos, la muerte dolorosa de la misma manera que El la sufrió ⁷⁸.

Este ejemplo del Señor es también aplicable a los justos del Antiguo Testamento que se vieron obligados a sacrificar sus vidas en defensa de la verdad, y San Cipriano lo recuerda cuando nos habla del sacrificio de Abel ⁷⁹.

76. «Vox plena Spiritu Sancto de martyris ore prorupit, cum Mappalicus beatissimus inter cruciatus suos proconsuli diceret: 'Videbis cras agonem'. Et quod ille cum uirtutis ac fidei testimonio dixit Dominus inpleuit». *Ep.* 10, IV (CSEL. III 2, 492).

77. *Lc.* 9, 23.

78. «Neque enim sic nomen militiae dedimus ut pacem tantummodo cogitare, et detractare ac recusare militiam debeamus, quando in ipsa militia primus ambulauerit Dominus, humilitatis et tolerantiae et passionis magister, ut quod fieri docuit prior faceret et qui pati hortatur prior pro nobis ipse pateretur». *Ep.* 58, III (CSEL. III 2, 658-659).

79. «In origine statim prima Abel iustus occiditur et exinde iusti quique et prophetae et apostoli missi. Quibus omnibus Dominus quoque in se ipso constituit exemplum, docens ad suum regnum non nisi eos qui se per suam uiam secuti sint peruenire dicens: Qui amat animam suam in isto saeculo, perdet illam, et qui odit animam suam in isto saeculo, in uitam aeternam conseruabit illam». *Ep.* 6, III (CSEL. III 2, 482).

San Cipriano advierte a los cristianos que, una vez que Jesucristo ha llamado a algunos para la lucha, deben éstos seguirle valientemente. Nos explica con gran detalle el ejemplo que Cristo ha dado y afirma que los que no le imitan en su sufrimiento no merecen llevar el nombre de cristianos⁸⁰.

El deber de imitar a Cristo en sus sufrimientos nos lo pone de relieve también en su tratado *Quod Idola dii non sint*, en el que San Cipriano afirma que estamos obligados a adherirnos con El, a confesarle y a reconocer ante el mundo que El es el verdadero Hijo de Dios⁸¹. Y dado que Jesucristo, por confesar su divinidad, tuvo que sufrir y padecer terriblemente, no podemos esperar para nosotros otro camino diferente sino el del sufrimiento y de los padecimientos:

«Y para que la prueba no fuese menos sólida y la confesión de Cristo menos gloriosa, se les somete a tormentos, cruces y todo género de suplicios. Se les causan dolores, que son los testimonios de la verdad, para que Cristo, el Hijo de Dios, que es la vida de los hombre, sea ensalzado no sólo con voces, sino con el testimonio del martirio. A éste, por tanto, seguimos, tras él marchamos, a éste tenemos por guía del camino, príncipe de la luz, autor de la salvación, que promete el cielo y al Padre a los que le buscan y creen en él»⁸².

3. *La imitación de Cristo por los mártires*

Para seguir de cerca a este guía lo que los mártires deben hacer es tratar de imitar, de la manera más perfecta posible, a Jesucristo. Para ello han de fijar sus miradas constantemente en El y deben de hacer suyas las virtudes que El vivió.

80. Cfr. *Fort.* 11 (CChr. SL III, 201-211); *Ep.* 58, III (CSEL. III 2, 659).

81. Cfr. *Idol.* 14 (CSEL. III 1, 30-31).

82. «Ac ne esset probatio minus solida et de Christo delicata confessio, per tormenta, per cruces, per multa poenarum genera temptantur. Dolor, qui ueritatis est, admouetur ut Christus Dei Filius, qui hominibus ad uitam datus creditur, non tantum praeconio uocis, sed et passionis testimonio praedicaretur. Hunc igitur comitamur, hunc sequimur, hunc habemus itinieris ducem, lucis principem, salutis auctorem, caelum pariter et Patrem quaerentibus et credentibus pollicentem». *Ibidem.* 15 (CSEL. III 1, 31).

Los mártires y los confesores deben imitar, de modo especial, la divina paciencia, con la cual Cristo soportó tan humildemente todos los sufrimientos hasta su muerte en la cruz. Si no han aprendido a practicar esta virtud en un grado heroico, no serán capaces de imitarle en el martirio. En su tratado *De bono patientiae*, San Cipriano nos muestra un perfecto cuadro del paciente sufrimiento del Hijo de Dios que es el que ha de servir de modelo para los mártires. Su descripción es tan completa que la citamos íntegramente:

«Aun durante la pasión y la cruz, antes de derramar su sangre y de muerte cruel, qué oprobios no escuchó con toda paciencia, qué burlas y afrentas no toleró, hasta recibir los salivazos. El, que había dado luz a los ojos de un ciego con su saliva, no mucho antes. El, en cuyo nombre el mártir es azotado permite ser torturado por el diablo y sus servidores, y ser coronado de espinas. El, que corona a los mártires con flores que no se marchitan, es abofeteado con palmadas. El, que otorga la palma verdadera a los vencedores, es despojado de sus vestidos. El, que viste a los demás de la vestidura de la inmortalidad, es abrevado con hiel. El, que nos dio un manjar celestial, bebe el vinagre. El, que nos brindó el caliz de la salud. El, no sólo inocente, justo, sino la misma inocencia, la misma justicia, es contado entre los facinerosos; la misma verdad es ahogada entre falsos testimonios, el juez que juzgará es juzgado y la Palabra de Dios es conducida a la cruz sin pronunciar palabra. A la muerte en la cruz del Señor se eclipsan los astros, se trastornan los elementos, se estremece la tierra, la noche oscurece el día; el sol, por no contemplar el crimen de los judíos, oculta sus rayos y cubre sus ojos, y El no abre su boca, ni se conmueve, ni hace ostentación de su majestad ni siquiera en la pasión; todo lo sufre sin cansancio hasta el fin, para que se complete en Cristo una perfecta y consumada paciencia»⁸³.

83. «Sub ipsa autem passione et cruce, priusquam ad crudelitatem necis et effusionem sanguinis ueniretur, quae conuiciorum probra patienter audita, quae contumeliarum tolerata ludibria, ut insultantium sputamina exciperet qui sputo suo caeci oculos paulo ante formasset et cuius nomine a seruis nunc eius diabo-

Poco después San Cipriano añade que la actitud de los cristianos ha de ser la de imitar este ejemplo de paciencia, del mismo modo en que los apóstoles nos lo enseñaron a vivir:

«Y si nosotros, hermanos amadísimos, estamos en Cristo, si nos revestimos del mismo, si El es el camino de nuestra salvación, los que seguimos sus pasos saludables sigamos también su ejemplo, como el apóstol Juan nos lo enseña con estas palabras: 'El que dice estar en Cristo debe andar como El anduvo'. Y el propio Pedro, sobre el que el Señor se dignó establecer su Iglesia, pone en una de sus cartas lo siguiente: 'Cristo padeció por vosotros, dándoos ejemplo, para que sigáis sus pasos; el que no cometió pecado ni de cuya boca salió embuste; cuando era ultrajado, no devolvía ultraje; cuando padecía, no amenazaba, y se entregaba en manos de quien lo condenaba injustamente'»⁸⁴.

Otra de las condiciones necesarias para poder ser llamado verdaderamente mártir cristiano es, no sólo soportar pacientemente los sufrimientos de la manera que Cristo los soportó,

lus cum angelis suis flagellatur flagella ipse pateretur, coronaretur spinis qui martyras floribus coronat aeternis, palmis in faciem uerberaretur qui palmas ueras uincens tribuit, spoliaretur ueste terrena qui indumento immortalitatis ceteros uestit, cibaretur felle qui cibum caelestem dedit, aceto potaretur qui salutari poculo propinauit: ille innocens ille iustus, immo innocentia ipse et ipse iustitia inter facinorosos deputatur et testimoniis falsis ueritas premitur, iudicatur iudicaturus et Dei sermo ad uictimam tacens ducitur. Et cum ad crucem Domini confundantur sidera, elementa turbentur, contremescat terra, nox diem cludat, sol ne Iudaeorum facinus aspicere cogatur et radios et oculos suos subtrahat, ille non loquitur nec mouetur nec maiestatem suam sub ipsa saltem passione profitetur: usque ad finem perseueranter ac iugiter tolerantur omnia ut consummetur in Christo plena et perfecta patientia». *Pat.* 7 (CChr. SL III, 122).

84. «Quodsi et nos, fratres dilectissimi, in Christo sumus, si ipsum induimus, si ipse est salutis nostrae uia, qui Christum uestigiis salutaribus sequimur per Christi exempla gradiamur, sicut Iohannes apostolus instruit dicens: Qui dicit se in Christo manere debet quomodo ille ambulauit et ipse ambulare. Item Petrus, super quem ecclesia Domini dignatione fundata est in epistula sua ponit eet dicit: Christus passus est pro uobis relinquens uobis exemplum, ut sequamini uestigia eius qui peccatum non fecit, nec dolus inuentus est in ore eius, qui cum malediceretur non remaledixit, cum pateretur non minabatur, tradebat autem se iudicanti iniuste». *Ibidem.* 9 (CChr. SL III, 507); «Huius patientiam, fratres dilectissimi, in persecutionibus et passionibus nostris cogitemus, huius aduentui plenum exspectationis». *Ibidem.* 24 (CChr. SL III, 132-133).

sino también imitarle en la humildad con que los llevó. Por mucho que el cristiano padezca por Cristo, si esto le lleva a llenarse de soberbia, no será entonces un verdadero mártir. En este sentido, San Cipriano amonesta muy severamente a los confesores que, habiendo sido liberados de la prisión, se enorgullecen de su gloria y se elevan a sí mismos por encima de los demás cristianos⁸⁵. También Jesucristo nos dio ejemplo de humildad y los mártires han de imitarle viviéndola ellos del modo que El la vivió.

Para imitar fielmente a Cristo en sus padecimientos San Cipriano nos dice al comentar el Padrenuestro, que han de estar plenamente desprendidos de todas las cosas mundanas:

«Aquel, dice, puede seguirle e imitar su gloriosa pasión que, desembarazado, no se deja enredar por los lazos de los bienes familiares, sino, libre y suelto, sigue tras él tras los tesoros que ha entregado por adelantado al Señor»⁸⁶.

La misma idea nos la expresa en el tratado *De lapsis*, en el que nos habla, de que es esta una de las condiciones para poder seguir a Cristo en los tiempos de persecución⁸⁷.

El abandonar las posesiones mundanas en la persecución es, según San Cipriano, no solamente una condición necesaria para imitar a Cristo en su sufrimiento, sino que es ya un verdadero modo de imitarle, lo que, durante la persecución puede llegar a equivaler al propio martirio. No sólo reciben la corona prometida por Dios aquellos que sacrifican su vida, sino también, los

85. «Dominus noster sicut ouis ad uictimam adductus est et sicut agnus coram tondente sine uoce sic non aperuit os suum (Is 53, 7). Non sum inquit, contumax, neque contradico. Dorsum meum posui ad flagella et maxillas meas ad palmas. Faciem autem meam non auerti a foeditate sputorum (Is 50-5-6). Et quisquam per ipsum nunc adque in ipso uiuens extollere se audet et superbire, inmemor et factorum quae ille gessit et mandatorum quae nobis uel per se uel per apostolos suos tradidit? Quod si non est maior domino suo seruut (Io 15, 20) qui Dominum secuntur humiles et quieti et taciturni uestigia eius imitentur, quando quisque inferior fuerit sublimior fiat, dicente Domino: Qui minimus fuerit in uobis, hic erit magnus». *Ep.* 13, IV (CSEL. III 2, 507).

86. «Eum dicit posse se sequi et gloriam dominicae passionis imitari qui expeditus et succinctus nullis laqueis rei familiaris inuoluitur, sed solutus ac liber facultates suas ad Dominum ante praemissas opse quoque comitatur». *Orat.* 20 (CChr. SL III, 103).

87. . Cfr. *Laps.* 11 y 12 (CChr. SL III, 103).

que permaneciendo fieles a Cristo buscan la seguridad en la huida. Al abandonar sus posesiones terrenas confiscadas dan prueba de su imitación a Cristo, y por esta razón serán honrados por El, junto con los mártires.

Indudablemente San Cipriano pensaba en esta imitación de Cristo por el abandono de los bienes terrenos, cuando escribió a los fieles de Thíbaris urgiéndoles a que le imitasen en sus sufrimientos y a que no esperasen nada del mundo que estaba destinado a la destrucción; ya que, dice, la hora que Cristo había predicho para su fin ha llegado⁸⁸, y utilizando las palabras de San Pedro (1 Petr. 4, 12-14), les exhorta a que no teman los sufrimientos y la muerte, sino más bien, que se alegren por haber sido encontrados dignos de participar en los sufrimientos del Señor y poder de este modo imitarle⁸⁹.

4. *El mártir se identifica con Cristo*

San Cipriano considera tan íntima la unión de Cristo con sus mártires cuando éstos sufren, que no es sólo Cristo quien actúa en ellos, sino que los mártires pueden ser considerados, en cierto sentido, como «otros Cristos». Aunque sin utilizar directamente esta expresión reitera esta idea utilizando para ellos distintas comparaciones. Nos fijaremos en las empleadas en la epístola 63 y en la epístola 76.

La primera va dirigida a Cecilio, y en ella San Cipriano expone la doctrina recta sobre la Eucaristía protestando contra

88. «Quae nunc omnia consideranda sunt nobis, ut nemo quicumque de saeculo iam moriente desideret, sed sequatur Christum, qui et uiuit in aeternum et uiuificat seruos suos in fide sui nominis constitutos. Venit enim tempus, fratres dilectissimi, quod iam pridem Dominus noster praenuntiauit et docuit aduenire dicens: Veniet hora ut omnis qui uos occiderit putet se officium Deo facere». *Ep. 58*, III (CSEL. III 2, 657).

89. «Carissimi, nolite mirari ardorem accidentem uobis, qui ad temptationem uestram fit, nec excidatis tamquam nouum uobis contingat, sed quotienscumque communicatis Christi passionibus, per omnia gaudete, ut et in reuelatione facta claritatis eius gaudentes exultetis. Si inproperatur uobis in nomine Christi, beati estis, quia maiestatis et uirtutis Domini nomen in uobis requiescit, quod quidem secundum illos blasphematur, secundum nos autem honoratur. Docuerunt autem nos apostoli ea quae de praeceptis dominicis et caelestibus mandatis ipsi quoque didicerunt Domino ipso scilicet corroborante nos et dicente: Nemo est qui relinquat domum aut agrum aut parentes aut fratres aut uxorem aut filios propter regnum Dei, et non recipiat septies tantum in isto tempore, in saeculo autem uenturo uitam aeternam». *Ibidem*.

la costumbre que se estaba introduciendo en el Norte de Africa del uso de sólo agua en el Santo Sacrificio. En esta carta denomina a las llagas y a los sufrimientos de los mártires específicamente las llagas y los sufrimientos de Cristo, identificando, en este sentido, al mártir con el mismo Cristo.

«De lo contrario, se subvierte toda disciplina religiosa y verdadera si no se observa fielmente lo que está prescrito por disposición divina, si no es que se teme en el sacrificio de la mañana oler por el sabor del vino a sangre de Cristo. Por eso comienzan a enfriarse los hermanos durante las persecuciones en el padecer como Cristo, aprendiendo en los sacrificios a avergonzarse de su sangre»⁹⁰.

En la epístola 76, San Cipriano compara los instrumentos del martirio y los sufrimientos de los cristianos que han sido condenados a trabajar en las minas, con los instrumentos de la pasión y con los sufrimientos de Cristo. Así los bastones con los que son golpeados, son comparados con la cruz de Cristo:

«El que antes fueseis azotados fuertemente y con estos tormentos iniciaseis vuestra confesión de la fe, no me parece deplorable. Pues no se asusta de las varas el cuerpo de un cristiano, cuya esperanza está en el leño. El servidor de Cristo conoce el misterio de la salvación; rescatado por el madero para la vida eterna, por el madero es llevado a la corona»⁹¹.

El hecho de que sus cuerpos exhaustos deban permanecer en el duro suelo, no debe ser para ellos ninguna contrariedad.

90. «Ceterum omnis religionis et ueritatis disciplina subuertitur, nisi id quod spiritaliter praecipitur fideliter reseruetur, nisi si in sacrificiis matutinis hoc quis ueretur, ne per saporem uini redoleat sanguinem Christi. Sic ergo incipit et a passione Christi in persecutionibus fraternitas retardari, dum in oblationibus discit de sanguine eius et cruore confundi». *Ep.* 63, III (CSEL. III 2, 713-714).

91. «Quod autem fustibus caesi prius grauiter et adflicti per eiusmodi poenas initiastis confessionis uestrae religiosa primordia, execranda nobis ista res non est. Neque anim ad fustes christianum corpus expauit, cuius est spes omnis in ligno. Sacramentum salutis suae Christi seruus agnouit, redemptus ligno ad uitam aeternam ligno prouectus est ad coronam». *Ep.* 76, III (CSEL. III 2, 829).

Ha de ser considerado más bien como un honor, pues así están postrados de la misma manera que lo estuvo Cristo en el madero de su cruz antes de ser levantado a la vista del pueblo:

«Yacen en tierra los miembros cansados por el trabajo, pero no es castigo estar en tierra en compañía de Cristo»⁹².

A pesar de la horrible fealdad de sus cuerpos desfigurados y maltratados, esto es sólo algo exterior. En su interior resplandece en ellos toda la gloria y el honor de Cristo:

«Se eriza el cabello sobre cabezas semirrasuradas, pero siendo Cristo la cabeza del varón, necesariamente está adornada cualquiera cabeza que por la confesión del Señor es ilustre»⁹³.

Pero el pasaje en el que se nos muestra, de una manera más clara, la identificación entre el mártir sufriendo y el mismo Cristo es, en esta misma epístola, al comentar el sentimiento que manifiestan los obispos y presbíteros condenados a trabajar en las minas, por no poder celebrar allí los divinos sacrificios. Sabe muy bien San Cipriano que, al renovar el sacrificio de la cruz, el sacerdote es, verdaderamente, «otro Cristo». Es el mismo Cristo, al que el sacerdote le presta su voz y sus gestos. Nuestro obispo, dirigiéndose a ellos les dice que no han de sufrir por no poder ofrecer este sacrificio, pues ellos, con sus propios sufrimientos, ofrecen un sacrificio equivalente, y no sólo durante algunos momentos, sino durante todo el tiempo que permanecen en la mina. Son así, los confesores sufrientes el mismo Jesucristo que ofreció su propio cuerpo como holocausto a Dios Padre:

«Pero tampoco puede, hermanos amadísimos, sufrir quebranto alguno vuestra religión, o fe, porque allí no se da ocasión a los sacerdotes de ofrecer y celebrar el

92. «Humi iacent fessa laboribus uiscera, sed poena non est cum Christo iacere». *Ibidem*.

93. «Semitonsi capitis capillus horrescit, sed cum sit caput uiri Christus, quaecumque illud caput deceat necesse est quod ob Domini nomen insigne est». *Ibidem*.; Cfr. *Fort.* 11 (CChr. SL III, 201-211).

sacrificio divino. Aún más, vosotros celebráis y ofrecéis un sacrificio a Dios, precioso y glorioso a la vez, y que os servirá de mucho para la recompensa de los premios celestiales, puesto que la Escritura divina habla así: Es un sacrificio ofrecido a Dios el espíritu afligido; Dios no desecha el corazón quebrantado y humillado. Este sacrificio es el que vosotros ofrecéis a Dios, este sacrificio celebráis día y noche; convertidos en víctimas de Dios, os ofrecéis a vosotros mismos como santas y puras hostias, según la exhortación del Apóstol: Os ruego, por tanto, hermanos, por la misericordia de Dios, que hagáis de vuestros cuerpos una hostia viva, santa, agradable a Dios; no os acomodéis a este siglo, sino transformaos, renovando vuestros sentimientos para probar cual es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto»⁹⁴.

Por estas razones, los condenados no deben estar tristes ni abatidos. Deben, más bien, alegrarse y regocijarse porque han sido considerados dignos de poder identificarse con Cristo en sus sufrimientos y de seguirle en el camino que lleva hacia el cielo, donde recibirán la felicidad sin fin y el premio eterno⁹⁵.

Que los propios mártires mantuvieron esta creencia, se ve claramente en una de las cartas que los confesores romanos escriben a San Cipriano. Manifiestan en ellas con gran alegría

94. «Sed nec in illo, fratres dilectissimi, aliqua potest aut religionis aut fidei iactura sentiri, quod illic nunc sacerdotibus Dei facultas non datur offerendi et celebrandi sacrificia diuina. Celebratis immo adque offertis sacrificium Deo et pretiosum pariter et gloriosum et plurimum uobis ad retributionem praemiorum caelestium profuturum, cum Scriptura diuina loquatur et dicat: Sacrificium Deo spiritus contribulatus, cor contritum et humiliatum Deus non despicit. Hoc uos sacrificium Deo offertis, hoc sacrificium sine intermissione die ac nocte celebratis, hostiae facti Deo et uosmet ipsos sanctas adque immaculatas uictimas exhibentes, sicut Apostolus adhortatur et dicit: Oro ergo uos, fratres, per misericordiam Dei ut constituatis corpora uestra hostiam uiuam, sanctam, placentem Deo, nec configuremini saeculo huic, sed transformemini in renouatione sensus ad probandum quae sit uoluntas Dei bona et placens et perfecta». *Ep.* 76, III (CSEL. III 2, 830-831).

95. «Qui nunc uobis, dilectissimi fratres, conscientiae uicticris uigor, quae sublimitas animi, quae in sensu exultantia, qui triumphus in pectore, unumquemque uestrum stare in metallo captiuo quidem corpore sed corde regnante, scire Christum secum esse praesentem gaudentem tolerantiam seruorum suorum per uestigia et uias suas ad regna aeterna gradientium». *Ibidem.* VII (CSEL. III 2, 832-833).

y santo entusiasmo la plena conformidad con lo que su obispo les dice de que aquí en la tierra no pueden concebir una bienaventuranza mayor que la de haber sido escogidos como colegas de Cristo en su dolorosa pasión ⁹⁶.

III. EL MARTIRIO COMO IDEAL DE PERFECCIÓN

1. *El martirio es la cumbre de la perfección cristiana*

San Cipriano, al igual que los escritores de su época, considera el martirio como el acto más glorioso que el cristiano puede realizar en esta tierra. En sus tratados y en las epístolas dirigidas a los confesores, al referirse al martirio, lo hace siempre con unos términos verdaderamente elogiosos, en los que expresa este alto concepto que sobre él tenía.

Era esta una idea que todos los cristianos de los primeros siglos de nuestra era admitían plenamente. El martirio era para ellos la cumbre de la perfección cristiana; el punto más alto al que un cristiano podía llegar. Todas las demás acciones que realizaba, eran comparadas con el martirio y eran consideradas tanto más perfectas, cuanto más a él se le asemejaban. Así lo expresa muy acertadamente Viller en uno de sus trabajos ⁹⁷.

El obispo de Cartago es concedor de las virtudes que tenían los cristianos a él encomendados. Sabe de su espíritu de sacrificio, de su participación en los sacramentos, de su vida de entrega... y está orgulloso por todo ello. Pero, ante las persecuciones, y con un deseo de mayor perfección, ve en el martirio la posibilidad de superar todas estas meritorias acciones. El martirio es para San Cipriano el verdadero testimonio de la vida cristiana llevada hasta sus últimas consecuencias. No es sólo una abnegada entrega en las pequeñas cosas de las realida-

96. Cfr. *Ep.* 31, III (CSEL. III 2, 559).

97. «L'habitude s'était prise durant les trois premiers siècles de mesurer la perfection par rapport au martyre. La vie chrétienne est ordonnée tout entière comme en vue du martyre: elle est d'autant plus parfaite qu'elle lui ressemble davantage». M. VILLER, *La spiritualité des premiers siècles chrétiens* (Paris 1930) p. 15; Cfr. M. VILLER, *Martyre et ascèse en Revue d'ascétique et de mystique*, 6 (1925) pp 105-142.

des diarias, sino un testimonio único y completo que reúne todas las virtudes que en la vida se pueden desarrollar.

En el prefacio al tratado *Ad Fortunatum*, haciendo una hermosa comparación con el bautismo de agua, nos dice:

«Nosotros, que por la permisión del Señor hemos administrado a los creyentes el primer bautismo, debemos preparar asimismo a todos para el otro bautismo, manifestándoles ser este superior en gracia, más alto en eficacia, más ilustre en honor; un bautismo en el que los ángeles bautizan, un bautismo en el que Dios y su Cristo se regocijan, un bautismo tras el cual ya nadie peca, un bautismo que completa el crecimiento de nuestra fe, un bautismo que nos une a Dios en el instante de partir de este mundo. En el bautismo de agua se recibe el perdón de los pecados; en el de sangre, la corona de las virtudes»⁹⁸.

En la epístola 76, dirigida a los condenados en las minas y próximos a consumir su martirio, dirigiéndose a ellos con elogiosas palabras, San Cipriano les dice que han de sentirse orgullosos por haber sido elevados por Dios a la «cumbre sublime de la gloria»⁹⁹. Quiere manifestar con ello que, con el martirio, el Señor les ha dispensado la mayor gracia que el hombre puede recibir en este mundo, alcanzando así una perfección a la que de ningún otro modo, podrían ni siquiera pensar.

Pero este convencimiento de que el martirio es la cumbre de la perfección, no le lleva a menospreciar la lucha de la vida diaria. El cristiano ha de esforzarse, durante su paso por la tierra, por vivir todas y cada una de las virtudes; ha de ejercitarse en las prácticas diarias, pues:

98. «Nos tantum qui Domino permittente primum baptismum credentibus dedimus ad aliud quoque singulos praeparemus insinuantes et docentes hoc esse baptismum in gratia maius, in potestate sublimius, in honore pretiosius, baptismum in quo angeli baptizant, baptismum in quo deus et Christus eius exultant, baptismum post quod nemo iam peccat, baptismum quod fidei nostri incrementa consummat, baptismum quod nos de mundo recedentes statim Deo copulat. In aquae baptismum accipiuntur peccatorum remissa, in sanguinis corona uirtutum». *Fort. Praef.* 4 (CChr. SL III, 184-185).

99. Cfr. *Ep.* 76, I (CSEL. III 2, 828).

«Nunca será apto para la guerra el soldado que antes no se hubiere ejercitado en las maniobras»¹⁰⁰.

Lo que el martirio hace es, pues, completar, de una manera perfecta, las virtudes que ya en los años de lucha se habían esforzado los cristianos en vivir, logrando así este culmen o cima de la perfección cristiana.

En algunas ocasiones llega San Cipriano a comparar la perfección que se alcanza por el martirio con la que se logra por el ejercicio de algunas de las virtudes cristianas, pero siempre que lo hace es para resaltar y sobrevalorar al martirio. Así, en su tratado *De habitu virginum*, después de hacer unos elevados elogios a las que han escogido el camino de la virginidad por seguir más de cerca a Jesucristo y de reconocer las altas virtudes de su comportamiento¹⁰¹, llega a manifestarles que recibirán un importante premio en el reino de los cielos. No obstante, este premio será menor que el que recibirán los mártires. Lo expresa comentando la parábola del grano de trigo arrojado en la tierra, que produce tanto más fruto cuanto mejor es la tierra en la que ha caído:

«El fruto de los mártires es del ciento por uno, el de vosotras es el sesenta por uno»¹⁰².

Para San Cipriano el martirio es el acto más heroico que puede realizar el cristiano ya que en él, como veremos a continuación, se ejercitan en grado heroico una serie de virtudes. Como consecuencia de ello es el acto mejor retribuido por Dios Nuestro Señor.

2. Virtudes que se ejercitan en el martirio

San Cipriano no escribió nunca un tratado sistemático sobre las virtudes del cristiano. Fue siempre la circunstancia concreta del momento, lo que impulsó su celo pastoral a escribir. Sin

100. «Neque enim idoneus potest esse miles ad bellum qui non exercitatus prius in campo fuerit». *Ibidem*. Praef. 2 (CChr. SL III, 183).

101. Cfr. *Habit*. 3 (CSEL. III 1, 189).

102. «Primus cum centeno martyrum fructus est, secundus sexagenarius uester est». *Ibidem*. 21 (CSEL. III 1, 202).

embargo, en el conjunto de sus obras encontramos referencias a casi todas ellas. En los escritos dirigidos a los confesores —algunos de sus tratados y la mayoría de sus epístolas—, nos hablan repetidamente de algunas: estas serán las virtudes que en los confesores se requieren de cara al martirio y las que los mártires ejercitan de modo especial. Entre ellas se encuentran, en primer lugar, las tres virtudes teologales —fe, esperanza y caridad— y como derivadas de estas la fortaleza y la paciencia. Todas las demás, sin duda, son también ejercidas por los mártires, ya que no se puede dar el desarrollo heroico de una virtud, como se requiere para el martirio, sin el ejercicio de todas las otras. Pero limitaremos nuestro estudio a las citadas por ser más representativas y las que en el martirio se ejercen en mayor grado.

a) *Fe*

El martirio es, ante todo, una manifestación de la fe. Los cristianos sufren y mueren si es necesario, por dar testimonio de la verdad que creen y profesan. No por cualquier verdad, sino por la Verdad que Cristo nos dejó y nos encargó que difundiésemos. Los mártires saben dar este testimonio y con ello están poniendo en ejercicio, de una manera excelsa, la virtud de la fe. No se comprendería la perseverancia de unos hombres o mujeres que llegan hasta perder su vida si no estuviesen movidos por una profunda fe.

Todo el esfuerzo que San Cipriano hace en sus obras dirigidas a los confesores y demás fieles cristianos es, fundamentalmente, para mantener y acrecentar su fe. Es consciente de que, si logra mantener en ellos una fe viva, no desfallecerán ante las dificultades que, sin duda, les sobrevendrán durante la persecución. Es la fe el arma principal con la que el cristiano puede combatir en la batalla de la persecución.

En el tratado *De lapsis*, al descubrirnos la lucha contra los tormentos, llega a decir:

«Mi espíritu se mantuvo firme y valiente mi fe, y por largo tiempo incommovible sostuvo mi alma en la lucha contra los castigos atormentadores»¹⁰³.

103. «Stetit mens stabilis et fides fortis et cum torquentibus poenis imobilis diu anima luctata est». *Laps.* 13 (CChr. SL III, 227).

La fe es la que da la fuerza al cristiano para no desfallecer en el combate. Es, utilizando la metáfora de San Pablo, «el escudo que protege al confesor e inutiliza los dardos del enemigo»¹⁰⁴.

La fe es la que «lucha en el combate y obtiene la victoria y la corona»¹⁰⁵.

Todo esto hace que San Cipriano afirme, con gran seguridad, que el combate de las persecuciones es «una batalla de fe»¹⁰⁶.

b) *Esperanza*

Ante la dureza de las pruebas que han de soportar los futuros mártires, precisan algo que les mantenga firmes en su esfuerzo. San Cipriano les muestra, en muchas ocasiones, las glorias de la vida eterna, fomentando con ello la virtud de la esperanza. El mártir acepta los sufrimientos y la muerte sostenido por la virtud de la esperanza en Dios, con la vista en la vida eterna que alcanzará inmediatamente después de su muerte¹⁰⁷. Es esta esperanza la que le lleva a mantener una asombrosa serenidad de ánimo, que conservará hasta el mismo momento de la muerte. El mártir muere, no tanto pensando en la muerte, sino en la inmortalidad gloriosa que por ella se consigue¹⁰⁸.

Una consecuencia de esto es el gozo que, sorprendentemente, debe sentir el cristiano ante el martirio. El cristiano, movido por la esperanza, debe estar contento de padecer la

104. «Portemus fortiter scutum fidei, quo protegente quidquid iaculatur inimicus possit extingui». *Ep.* 58, IX (CSEL. III 2, 664).

105. «Hic est agón fidei nostrae qua congregimur, qua uincimus, qua coronamur». *Ep.* 10, IV (CSEL. III 2, 493).

106. «Congressio fidei». *Ep.* 58, VIII (CSEL. III 2, 663); «Agón fidei». *Ep.* 10, IV (CSEL. III 2, 493).

107. San Cipriano, lo mismo que otros escritores de su época, creía que los mártires pasaban inmediatamente al cielo. Estudiamos este aspecto con más detalle en el capítulo VIII de la tesis.

108. «Mors ingeritur, sed immortalitas sequitur: occiso mundus eripitur, sed restituto paradisi exhibetur; uita temporalis extinguitur, sed aeterna reparatur». *Fort.* 13 (CChr. SL III, 215); «Ut singuli ex nostris non magis mortem cogitant quam immortalitatem». *Ep.* 80, II (CSEL. III 2, 840).

persecución y de morir en ella, pues así «se pone a prueba a los soldados de Dios y se abren los Cielos a los mártires»¹⁰⁹.

Esto explica que San Cipriano, al dirigirse a los confesores en algunas de sus cartas, lo haga con el título de «dichosísimos», como comprobamos en las epístolas 28, 37 y 76¹¹⁰.

El cristiano ejerce también la virtud de la esperanza al considerar la ayuda que Dios le dispensará durante la persecución. San Cipriano se encarga de recordárselo en diversas ocasiones. Así, al anunciar al Papa Cornelio la persecución de Galo, cuya extraordinaria dureza creía conocer de antemano por revelación divina, termina nuestro obispo su carta con una afirmación solemne de esperanza en el auxilio divino:

«Podemos estar seguros de su ayuda y bondad los que confiamos en El, porque quien durante la paz anuncia por anticipado a sus soldados la lucha que se avecina, dará la victoria cuando luchen en la pelea»¹¹¹.

Años después, al escribir el tratado *Ad Fortunatum*, hace ver que en la competición contra el diablo, los cristianos nunca se encuentran solos. Siempre pueden contar con la ayuda divina y así lograrán la victoria, ya que, «mayor es el Señor, que nos protege, que el diablo al atacarnos»¹¹².

Finalmente, en la carta a los condenados a las minas, después de recordarles las palabras con las que Jesucristo asegura que no les faltará el auxilio divino a los confesores de la fe, afirma que «en estas palabras debe haber una gran confianza de los creyentes y gravísima culpa a los que en ellas no crean»¹¹³.

109. «Gaudere nos et exultare uoluit in persecutionibus Dominus, quia quando persecutiones fiunt, tunc dantur coronae fidei, tunc probantur milites Dei, tunc martyribus patent caeli». *Ep.* III (CSEL. III 2, 658).

110. Cfr. *Ep.* 28, I y II (CSEL. III 2, 545 y 547); *Ep.* 37, IV (CSEL. III 2, 579); *Ep.* 76, I y VII (CSEL. III 2, 827 y 833).

111. «De cuius ope et pietate qui in eum confidimus possumus esse securi, quia qui in pace militibus suis futuram praenuntiat pugnam dabit militantibus in congressione uictoriam». *Ep.* 57, V (CSEL. III 2, 656).

112. Maior est Dominus ad protegendum quam diabolus ad impugnandum». *Fort.* 11 (CChr. SL III, 208).

113. «In quo quidem et credentium magna fiducia est et culpa grauissima perfidorum non credere ei qui se opem suam daturum confitentibus pollicetur nec rursus eundem timera qui aeternam negantibus conminatur. *Ep.* 76, V (CSEL. III 2, 832).

c) *Caridad*

Sabemos que la caridad es la primera de todas las virtudes. En un acto tan agradable a Dios como lo es el martirio y, con una consecuencias tan definitivas para los que lo padecen, la caridad no puede estar ausente en el mártir.

Podemos decir con el Evangelio: «Nadie tiene amor mayor que el que da la vida por sus amigos»¹¹⁴. En el martirio lo que se hace es entregar la vida por Dios. Se pone así en juego, y de una manera eminente, la virtud de la caridad¹¹⁵. Pero este acto de caridad perfecta no será posible realizarlo si el cristiano no ha ejercitado actos de caridad con los demás hombres durante su vida. San Cipriano nos lo dice expresamente:

«No puede presentarse como mártir quien no supo amar a sus hermanos»¹¹⁶.

San Cipriano que, como pastor había ejercitado la caridad con su pueblo en tantas ocasiones, anima con sus escritos a los cristianos a que sean ellos los que vivan esta virtud y ahora en un grado eminentemente mayor; esto es, por medio del martirio¹¹⁷.

Unida a la caridad con los hermanos debe estar el perdón a los enemigos. Al cristiano no le está permitido vengarse de sus enemigos, pues con ello faltaría a la caridad. San Cipriano pide a los perseguidos que sepan perdonar a sus perseguidores.

114. Io 15, 13.

115. Siglos después Santo Tomás de Aquino llegará a decir: «Martyrium autem, inter omnes actos virtuosos, maxime demonstrat perfectionem caritatis». *S. Th.*, II-II, q. 124, a. 3, c.

116. «Exhibere se non potest martyrem qui fratrem non tenuit charitatem». *Unit.* 14 (CChr. SL III, 259).

117. «In euangelio Dominus loquitur et dicit: Qui diligit patrem aut matrem super me, non est me dignus, et qui diligit filium aut filiam super me, non est me dignus: Et qui non accipit crucem suam et sequitur me, non est meus discipulus. Sicut in Deuteronomio scriptum est: Qui dicunt patri et matri 'non noui te', et filios suos non agnouerunt, hi custodierunt praecepta tua, et testamentum tuum seruauerunt. Item apostolus Paulus: Qui nos, inquit, separabit a caritate Christi, pressura an angustia an persecutio an fames an nuditas an periculum an gladius? Sicut scriptum est: 'Quia propter te occidimur tota die, destimati sumus ut oves victimae' sed in his omnibus superamus pro eo qui dilexit nos. Et iterum: Non estis uestri: empti euim estis pretio magno, clarificate et portate Deum in corpore uestro. Et iterum: Pro omnibus mortuus est Christus, ut et qui uiuunt, iam non sibi uiuant, sed illi qui pro eis mortuus est et resurrexit». *Fort.* 6 (CChr. SL III, 193-194).

Comentando la penúltima petición del Padrenuestro dice:

«Debemos pedir que se nos perdonen las deudas en la medida que nosotros perdonamos a nuestros deudores, debiendo saber que no puede lograrse lo que pedimos por nuestros pecados, si no hiciéremos otro tanto con los que han pecado contra nosotros»¹¹⁸.

Este perdón ha de seguir inmediatamente a la injuria recibida¹¹⁹, y debe ser tal que excluya totalmente la venganza¹²⁰, ya que jamás le es lícito al cristiano devolver mal por mal¹²¹.

No sólo les pide que perdonen a sus enemigos, sino que incluso lleguen a amarles. Esta es la benevolencia con que debe tratar el creyente a quienes le han ofendido. Debe además procurarles, en lo que esté de su mano, ayudarles y socorrerles en caso de que lo hayan menester. De ello nos dió ejemplo el patriarca José, que con tanto cariño trató a sus hermanos, quienes años antes le habían vendido como esclavo a unos mercaderes¹²². Este es el modo como han de portarse los cristianos frente a sus perseguidores. A cambio de los tormentos y suplicios, han de mostrarles, benévolutamente, el camino de la salvación.

Dirigiéndose a Demetriano, que tan duramente atacaba a los cristianos, concluye su defensa diciéndole:

«Os brindamos la ayuda de nuestra buena voluntad y de nuestros consejos. Y como no nos es lícito odiar, y el mejor obsequio a Dios es no volver injusticia por injusticia, os exhortamos, mientras hay posibilidad de ello, en tanto que aún queda algo de esta vida, a dar satisfacción a Dios y a salir de las profundas tinieblas

118. «Adiunxit plane et addidit legem certa non condicione et sponsione constringens, ut sic nobis dimitti debita postulemus secundum quod et ipsi debitoribus nostris dimittimus, scientes impetrari non posse quod pro peccatis petimus, nisi et ipsi circa peccatores nostros paria fecerimus». *Orat.* 23 (CChr. SL III A, 104).

119. Cfr. *Pat.* 20 (CChr. SL III A, 130).

120. Cfr. *Quir.* III, 106 (CChr. SL III, 173).

121. Cfr. *Quir.* III, 23 (CChr. SL III, 120); *Dem.* 25 (CChr. SL III A, 50); *Pat.* 16 (CChr. SL III, 127-128).

122. «Ioseph uenundatus a fratribus et relagatus non tantum patienter ignoscit, sed gratuita uenientibus frumente largiter et clementer impertit». *Pat.* 10 (CChr. SL III A, 123-124).

de vuestras supersticiones a la brillante luz de la verdadera religión»¹²³.

Este amor será verdaderamente eficaz si va acompañado por la oración hacia ellos. Recordando la muerte del protomártir San Esteban que murió rogando por los que le lapidaban¹²⁴, trata de infundir este sentimiento en todos los cristianos perseguidos¹²⁵.

Vemos, pues, que en el martirio se dan las tres virtudes teológicas con una plenitud inigualable. Fe absoluta en Jesús, esperanza en la promesa divina y caridad que empuja hasta la oblación de sí. Virtudes que no se dan por separado. En un mismo acto —la muerte por Cristo— se unen las tres y se ejercita cada una de un modo perfecto¹²⁶. Pero a la hora de destacar alguna de ellas, al ser el martirio el acto de la suprema perfección y ser la caridad la primera de las virtudes del cristiano, los Padres no dudan en resaltar ésta por encima de todas las demás¹²⁷.

d) *Fortaleza*

Para aceptar la muerte voluntariamente como testimonio de la fe, el cristiano necesita una grandísima fortaleza, pues sin ella, ante las tremendas dificultades que el martirio le acarrea acabaría cediendo. Es esta virtud la que hace que el hombre permanezca firme en el bien frente a los peligros y, principalmente frente a los peligros de muerte. San Cipriano habla de

123. «Offerimus vobis animi et consilii nostri salutare munus. Et quia odisse non licet nobis et sic Deo plus placemus, dum nullam pro iniuria vicem reddimus, hortamur, dum facultas adest, dum adhuc aliquid de saeculo superest, Deo satisfacere et ad verae religionis candidam lucem de profundo tenebrae superstitionis emergere. *Dem.* 25 (CChr. SL III A, 50).

124. Cfr. *Pat.* 16 (CChr. SL III A, 127-128).

125. Cfr. *Orat.* 17 (CChr. SL III A, 100-101); *Zel.* 15 (CChr. SL III A, 83-84).

126. Cfr. A. D'ALES, *La Théologie de Saint Cyprien* (Paris 1922) pp. 370-371.

127. R. JACOB, *Le Martyre, Epanouissement du sacerdoce des chrétiens, dans la littérature patristique jusque'en 258 en Melanges de Science Religieuse*, 24 (1967) p. 83.

ella en repetidas ocasiones. Unas veces lo hace empleando la palabra *fortitudo* y otras la palabra *virtus* ¹²⁸.

La fortaleza es la virtud característica de los confesores de la fe; San Cipriano los llama con frecuencia «fortísimos hermanos» ¹²⁹ e indica que la practican con extraordinario vigor, pues, ante los inminentes peligros de perder su propia vida por defender la verdad que profesan, no se amedrentan en ningún momento. El martirio es el acto más propio de la virtud de la fortaleza, pues es el que priva de todos los bienes corporales y lleva a entregar hasta la propia vida.

En la epístola 37, dirigida a los confesores encarcelados en Cartago durante la persecución de Decio, San Cipriano les anima con unos términos verdaderamente elogiosos y alega que su valerosa fortaleza es la que les lleva a preferir la cárcel antes que apostatar ¹³⁰.

En este mismo sentido, habla San Cipriano en distintos lugares, de la necesidad de aumentar continuamente en el ejercicio de esta importante virtud ¹³¹.

e) *Paciencia*

Una virtud que siempre acompaña a la fortaleza es la paciencia. En el caso del martirio es esta la que hace que los confesores mantengan una igualdad de ánimo que les permite soportar con alegría las adversidades de los tormentos y de la muerte.

128. Traducimos por fortaleza la palabra *uirtus*, del mismo modo que hace Capmany («*Miles Christi*» en *la espiritualidad de San Cipriano* (Barcelona 1956)), porque por ella significa San Cipriano el valor, la valentía, el ánimo, con que debe luchar el cristiano, manteniéndose firme en el cumplimiento de su deber de confesar la fe, frente a toda dificultad y hasta el peligro inminente del ejercicio de la virtud de la fortaleza. Además, cuantas veces habla de *fortitudo* del soldado cristiano, el sentido de este término no varía mucho del de *uirtus*, entremezclando e intercambiando en algunas ocasiones, ambos términos.

129. «*Fortissimi fratres*». *Ep.* 12, (CSEL. III 2, 502); *Ep.* 13, I (CSEL. III 2, 504); *Ep.* 15, I (CSEL. III 2, 513); *Ep.* 38, I (CSEL. III 2, 580); *Ep.* 76, I y IV (CSEL. III 2, 828 y 832).

130. Cfr. *Ep.* 37, I (CSEL. III 2, 577).

131. Cfr. *Ep.* 15, I (CSEL. III 2, 513); *Ep.* 37, I y II (CSEL. III 2, 576-577 y 578); *Ep.* 55, IX, XVII y XX (CSEL. III 2, 630, 635 y 638); *Ep.* 80, II (CSEL. III 2, 840).

San Cipriano, a lo largo de sus obras, nos va hablando de esta virtud, pero todo su magisterio sobre ella lo encontramos ordenadamente expuesto en su trabajo titulado *De bono patientiae*. En él expone la necesidad que el cristiano tiene de vivir la paciencia en las múltiples contrariedades que debe sufrir: injurias, incomprensiones, tentaciones, enfermedades, pérdida de bienes materiales, de seres queridos, y, sobre todo, es necesaria en los duros momentos de la persecución¹³². La paciencia da aptitud al cristiano para sufrir los tormentos, la cárcel, y la muerte, si es preciso, por causa de la confesión de fe. Nos lo dice expresamente:

«La paciencia... nos hace tolerar las persecuciones y consuma las confesiones y el martirio»¹³³.

En algunas ocasiones recurre a personajes de las Sagradas Escrituras, a quien pone como ejemplo en esta virtud. Así nos habla repetidas veces del santo Job, del que resalta que consiguió tantos bienes al final de su vida por su admirable y abnegada paciencia ante tantas adversidades¹³⁴.

En el tratado *Ad Fortunatum*, nos expone el pasaje del Exodo, en el que los israelitas, huyendo de la dura esclavitud del Faraón, se habían introducido por largos días en el desierto. Ante las incomodidades y dificultades, se vuelven contra Moisés, su caudillo, y nos recuerda a continuación el duro reproche del profeta en el que les pide que vivan, de una manera generosa, esta virtud¹³⁵.

En la epístola 73 nos presenta a San Pablo que sobrelleva con paciencia las contrariedades producidas por aquellos hermanos, que, movidos por la envidia que hacia él sentían, se portaban de manera irregular y contra la disciplina eclesiástica¹³⁶.

Es esta una virtud también necesaria para los confesores. San Cipriano lo que hace es prevenir a los cristianos de los males futuros y les lleva a refrenar el temor que por ellos les pueden venir.

132. Cfr. *Pat.* 11-18 (CChr. SL III A, 124-129).

133. «Patientia... enim persecutiones tolerat, passiones et martyria consumat». *Pat.* 20 (CChr. SL III A, 130).

134. Cfr. *Laps.* 19 (CChr. SL III, 231-232); *Pat.* 18 (CChr. SL III A, 128-129).

135. Cfr. *Fort.* 7 (CChr. SL III, 194-195).

136. Cfr. *Ep.* 73, XIV (CSEL. III 2, 788).

Sabe muy bien nuestro obispo que no se puede llamar propiamente fuerte al hombre, si cuando llegan los males no sabe templar la tristeza y la aflicción que estos le acarrearán. Los mártires han dado ejemplo de ello. San Cipriano lo reconoce y por ello los alaba.

3. Reconocimiento por parte de la Iglesia

La gran dignidad del martirio y la consideración de las muchas virtudes y en grado heroico que en él se ejercitan, fueron reconocidos por la Iglesia desde sus primeros momentos. El pensamiento de San Cipriano no quedaba fuera de este sentir general. Encontramos en sus escritos un sinfín de referencias en las que valora, admira y desea, para otros y para sí mismo, la corona del martirio.

Ya los confesores, antes de consumir su martirio, son considerados por San Cipriano como la gloria de la Iglesia¹³⁷. Su más fervoroso elogio lo encontramos en el comienzo del tratado *De lapsis*:

«Miramos con gozo de nuestros ojos y los besamos y abrazamos con el más santo e insaciable afecto, cómo después de suspirar tanto tiempo por ellos, a los confesores, ilustres por la fama de su nombre y gloriosos por los méritos de su fe y valor»¹³⁸.

Continúa con una bella y emocionante descripción de su heroísmo en la fidelidad a su fe cristiana y termina exclamando:

«¡Con qué afectuoso gozo os acoge la madre Iglesia al veros volver del combate! ¡Qué dichosa, qué gozosa se siente de abriros sus puertas, para que entréis como apretado ejército que retorna después de postrar en tierra al enemigo trayendo los trofeos!»¹³⁹.

137. Cfr. *Ep.* 10, I (CSEL. III 2, 490); *Ep.* 39, I (CSEL. III 2, 581).

138. «Confessores praeconio boni nominis claros et uirtutis ac fidei laudibus gloriosos laetis conspectibus intuemur; sanctis oculis adhaerentes desideratos diu inexplebili cupiditate conplectimur». *Laps* 2 (CChr. SL III, 221).

139. «Quam beata, quam gaudens portas suas aperit, ut adunatis agminibus intratis de hoste prostrato tropaea referentes». *Ibidem*.

Una demostración de la veneración que los fieles sentían hacia estos generosos defensores de la fe, la encontramos en su elección para el episcopado, el sacerdocio o los grados menores entre el clero. Así, el presbítero Numidio, providencialmente salvado de la muerte entre un grupo de mártires, es adscrito al clero de Cartago por San Cipriano, quien manifiesta además su intención de promoverlo a una mayor dignidad¹⁴⁰. Los jóvenes Aurelio y Celerino, recién salidos de la cárcel, son elevados de momento al oficio de lector; San Cipriano, al comunicar la noticia de esta ordenación a su Iglesia, añade que tiene propósito de promoverlos al presbiterado posteriormente¹⁴¹. Optato, confesor, es elevado al subdiaconado tras haber luchado por confesar a Jesucristo¹⁴².

Otra prueba del reconocimiento que el pueblo cristiano sentía de la dignidad de los que están próximos al martirio la encontramos en la gran afluencia de fieles que acuden a las cárceles para visitarles. Era tal, que obligó a San Cipriano a recomendar moderación con el fin de evitar males mayores¹⁴³. En muchas ocasiones a estos cristianos encarcelados se dirigen algunos *lapsi* pidiéndoles cartas reconciliatorias para ser admitidos nuevamente en la comunión con la Iglesia¹⁴⁴.

Si tal era la consideración y reconocimiento con que la Iglesia veneraba a los confesores, mayor aún era la forma de venerar a los que ya habían derramado su sangre por ella. En la epístola 12, San Cipriano hace a los presbíteros y diáconos cartagineses piadosas recomendaciones referentes al cuidado que deben poner al enterrar, para que sea con el honor debido, a los que han muerto en la confesión de la fe. Deben además anotar cuidadosamente el día de la consumación de su martirio, para poder así celebrar, en lo sucesivo, sus aniversarios¹⁴⁵.

También manifiesta la alta estima que la Iglesia tenía al martirio, el título de gloria que San Cipriano atribuye a la

140. Cfr. *Ep.* 40, I (CSEL. III 2, 585).

141. Cfr. *Ep.* 38, III (CSEL. III 2, 580); *Ep.* 39, III (CSEL. III 2, 581).

142. Cfr. *Ep.* 29, I (CSEL. III 2, 548).

143. Cfr. *Ep.* 5, II (CSEL. III 2, 479).

144. Cfr. *Ep.* 21 y 22 (CSEL. III 2, 529-535).

145. Cfr. *Ep.* 12, I y II (CSEL. III 2, 502 y 504).

familia de Celerino por el hecho de contar entre sus antepasados con dos mártires ¹⁴⁶.

Las Actas de martirio de San Cipriano nos hablan también de cómo el pueblo estaba penetrado de este alto aprecio al martirio. En sus últimas frases leemos:

«Así sufrió el martirio el bienaventurado Cipriano, y su cuerpo, para evitar la curiosidad de los gentiles, fue retirado a un lugar próximo. Luego, por la noche, sacado de allí, fue conducido entre cirios y antorchas, con gran veneración y triunfalmente, al cementerio del procurador Macrobio Candidiano, sito en el camino de Mapala, junto a los depósitos de agua de Cartago» ¹⁴⁷.

4. *Deseo del martirio*

En tiempos de San Cipriano, el martirio, que tan grande honor gozaba ante los creyentes y, teniendo en cuenta que los beneficios que Dios promete a los que lo consuman son tan elevados, era para los cristianos objeto, en muchas de las ocasiones, de verdadero deseo. Con frecuencia, éste llegaba a convertirse en auténtica obsesión. Así, durante la terrible epidemia de peste que asoló a Cartago en el año 252, algunos cristianos, llegaron a perder las exigencias elementales de caridad fraterna, dejando morir ante ellos a sus conciudadanos, sin prestarles la necesaria ayuda y atención, por el temor de contagiarse y morir de otra forma que no fuese la del martirio ¹⁴⁸.

San Cipriano es más moderado, pero también manifiesta, en muchos de sus escritos, su deseo de alcanzar la dicha del martirio. Unas veces lo desea para sí y otras para los cristianos que a él le están encomendados.

146. Cfr. *Ep.* 39, III (CSEL. III 2, 583).

147. «Ita beatus Cyprianus passus est, eiusque corpus propter gentilium curiositatem in proximo positum est. Inde per noctem sublatum cum cereis et scolacibus ad areas Macrobiani Candidiani procuratoris, quae sunt in via Mappaliensi iuxta piscinas, cum uoto et triumpho magno deductum est». *Acta Cypriani*, 4 (CSEL. III 3, CXIII).

148. «Sed fortasse aliquis opponat et dicat: 'hoc me ergo in praesenti mortalitate contristat quod qui paratus ad confessionem fueram et ad tolerantiam passionis toto me corde et plena uirtute deuoueram martyrio meo priuor, dum morte praeuenior». *Mort.* 17 (CSEL. III A, 25-26).

En el prefacio al tratado *Ad Fortunatum*, después de hacer un espléndido elogio del bautismo de sangre, manifiesta de modo explícito este deseo:

«Es cosa digna de nuestros deseos y pedirla con todas nuestras súplicas, para llegar a ser amigos de Dios los que somos ahora sus servidores»¹⁴⁹.

En la carta que escribe a los condenados a las minas, considerando el martirio como el mejor obsequio y acción de gracias que podemos tributar a Dios, concluye:

«¿Quién no tomará de buena voluntad y disposición el cáliz de salvación; quién no irá lleno de gozo tras aquello con lo que puede recompensar el Señor de por sí; quién no aceptará con valor y firmeza una muerte preciosa ante los ojos de Dios, para agradar a la presencia de aquel que en nuestra lucha por su nombre nos está mirando, y nos aplaude por nuestro esfuerzo, nos ayuda en el combate, nos corona cuando vencemos, remunera en nosotros con el don de su bondad y ternura paternal lo que El mismo nos dió, y honra lo que El mismo realizó?»¹⁵⁰.

Los condenados contestan a su obispo y en sus cartas descubrimos que, pese a los tremendos sufrimientos que padecen, no desean otra cosa sino el completar su martirio, y piden a San Cipriano que intensifique su oración por ellos, a fin de que puedan consumir por completo su confesión¹⁵¹.

149. «Amplectenda res est et optanda et omnibus postulationum nostrarum precibus expectanda, ut qui serui Dei sumus simus et amici». *Fort. Praef.* 4 (CChr. SL III,185).

150. «Quis non libenter et prompte calicem salutis accipiat, quis non adpetat gaudibundus et lactus in quo aliquid et ipse Domino suo retribuatur, quis non pretiosam in conspectu Dei mortem fortiter et constanter excipiat, placiturus eius oculis qui nos in congressione nominis sui desuper spectans uolentes conprobat, adiuuat dimicantes, uincentes coronat, retributione bonitatis et pietatis paternae remunerans in nobis quicquid ipse praestitit et honorans quod ipse perfecit?». *Ep.* 76, IV (CSEL. III 2, 831).

151. «Petentes de animi tui candore ut nos adsiduis orationibus tuis in mentem habere digneris ut confessionem uestram et nostram quam Dominus in nobis conferre dignatus est suppleat. Saluta omnes qui tecum commorantur». *Ep.* 79, I (CSEL. III 2, 838-839).

Este deseo del martirio se observa en el comportamiento de todos los que acogían la sentencia de muerte con manifestaciones de verdadero gozo, lo que llevaba, en muchas de las ocasiones, a la incomprensión y al desconcierto de los verdugos y perseguidores. El propio San Cipriano, en el momento de recibir la notificación de su sentencia respondió con una manifestación de verdadero agradecimiento, expresando un sentido *Deo gratias!*¹⁵².

Este deseo no justifica el que los cristianos deban buscar la muerte por confesar su fe si ello no es necesario. San Cipriano, al justificar su huída durante la persecución de Decio, dice que la prudencia y los deberes para con los hermanos, en ocasiones, obligan a escapar de tan glorioso final¹⁵³.

Había en la mitad del siglo III dos herejías opuestas acerca de la profesión de fe ante el martirio: el gnosticismo y el montanismo.

Los gnosticos negaban la necesidad de la confesión de fe, si había peligro para la vida. Los montanistas, entre ellos Tertuliano en sus últimos días, preconizaban el deber de adelantarse al martirio en los tiempos de persecución.

San Cipriano sale al paso de estas dos posturas y con su propia actitud nos expone la doctrina de la Iglesia: el martirio es algo digno y deseable, pero no hay obligación de buscarlo y está prohibido por la autoridad eclesiástica el presentarse voluntariamente ante el perseguidor¹⁵⁴.

152. «Galerius Maximus collocutus cum concilio sententiam uix et aegre dixit uerbis huiusmodi: diu sacrilegamente uixisti et plurimos nefariae tibi conspiracy homines adgregasti et inimicum te diis Romanis et religionibus sacris constituisti, nec te pii et sacratissimi principes Valerianus et Gallienus Augusti et Valerianus nobilissimus Caesar ad sectam caeremoniarum suarum reuocare potuerunt, et ideo cum sis nequissimorum criminum auctor et signifer deprehensus, eris ipse documento his quos scelere tuo tecum adgregasti: sanguine tuo sancietur disciplinae. Et his dictis decretum ex tabella recitauit: Thascium Cyprianum gladio animaduerti placet. Cyprianus episcopus dixit: Deo gratias». *Acta Cypriani*, 4 (CSEL. III 3, CXII-XCIII).

153. Cfr. *Laps*. 3 (CSEL. III, 239); D. JULYON, *La fuite de la persecution durant les trois premiers siècles du christianisme* (Lyon 1903); S. COLOMBO, *S. Cipriano de Cartagine: l'uomo e lo scrittore en Didaskaleion*, 6 (1928) pp. 1-80.

154. «Cyprinus dixit: cum disciplina prohibeat, ut quis se ultro offerat et tuae quoque censurae hoc discipliceat, nec offerre se ipsi possunt, sed a te exquisiti inuenientur». *Acta Cypriani*, 1 (CSEL. III 3, CXI).

5. *El martirio fuera de la Iglesia*

San Cipriano afirma que la gloria recibida por el martirio, es sólo aplicable a los que mueren dentro de la Iglesia. En su tratado *De Ecclesiae Catholicae Unitate*, en el que lucha denodadamente por mantener la unidad de la Esposa de Cristo, nos expresa esta idea en repetidas ocasiones. Una breve frase, especialmente significativa, resume su pensamiento con claridad. Hablando de los que mueren fuera de la confesión de nuestra fe, dice:

«No puede ser mártir quién no está dentro de la Iglesia»¹⁵⁵.

La gloria y los honores tributados a los mártires, no pueden ser atribuidos a quienes están fuera de la Iglesia, pues, por voluntad expresa de Cristo, su fundador, la Iglesia es la única dispensadora de la gracia: sólo ella puede suministrar la fuerza necesaria, alimentar a los fieles con la eucaristía e infundirles el espíritu que dará testimonio de ellos¹⁵⁶. La célebre frase de nuestro obispo de *Salus extra Ecclesiam non est*¹⁵⁷ es aplicada aquí de una manera rigurosa.

El valor de la confesión está tan unido a la comunión con la Iglesia, que los méritos que anteriormente se hubiesen podido conseguir, se pierden al desviarse hacia el cisma o la herejía:

«Después de que salísteis de la cárcel y os dejásteis prender por el error del cisma y de la herejía, la situación era como si vuestra gloria se hubiera quedado en la prisión. Parecía que el honor de vuestro nombre se había encerrado allí, puesto que los soldados de Cristo no volvían a la Iglesia desde la cárcel, a la que habían ido con el aplauso y felicitación de la Iglesia»¹⁵⁸.

155. «Esse martyr non potest qui in Ecclesia non est». *Unit.* 14 (CChr. SL III, 259).

156. Cfr. *Unit.* 6 (CSEL. III, 253-254).

157. *Ep.* 73, XXI (CSEL. III 2, 794-795).

158. «Posteaquam uos de carcere prodeuntes schismaticus et haereticus error excepit., sic res erat quasi uestra gloria in carcere remansisset. Illic enim resedisse uestri nominis dignitas uidebatur quando milites Christi non ad ecclesiam de carcere redirent, in quem prius cum ecclesiae laude et gratulatione uenissent». *Ep.* 54, II (CSEL. III 2, 662).

Los sufrimientos que puedan padecer los que se han separado de la Iglesia, por muchos y grandes que sean, y aunque les acarreen la muerte, han de servirles, tan sólo, de castigo por su deslealtad y no conseguirán por ello ni la gloria ni la corona del triunfo.

«Aunque hayan entregado la vida a las llamas, no tendrán la corona de la fe, sino el castigo de su deslealtad, ni un fin glorioso debido a su valor religioso, sino una muerte de desesperación. Ese tal puede ser sacrificado, pero no coronado»¹⁵⁹.

Años después, dirigiéndose al Papa Cornelio y teniendo en su mente a los que se habían separado de la Iglesia siguiendo a Novaciano en su cisma, nos dice refiriéndose a éstos:

«Si hubieran sido matados fuera de la Iglesia, no tendrían el premio de la fe, sino castigo más bien por su infidelidad, y no habitarían en la casa de Dios»¹⁶⁰.

La razón por la que San Cipriano muestra tanta severidad en su criterio respecto a este asunto la basa en que el martirio es, ante todo, un acto de amor a Jesucristo e imitación de su pasión redentora, y esto, lógicamente, no se puede dar si no se aceptan todas sus exigencias. En la epístola 52 nos lo expresa con claridad comentando unas palabras de San Pablo:

«Pues el apóstol Pablo dice: ‘Por esto dejará el hombre a su padre y madre, y serán dos en una sola carne; este misterio es grande; lo dijo con relación a Cristo y la Iglesia’; si, añadido yo, tal cosa enseña el bienaventurado apóstol afirmando con su sagrada palabra la unidad de Cristo y la Iglesia, tan trabada con lazos indisolubles, ¿cómo puede estar con Cristo quién no está con la

159. «Ardeant licet flammis, et ignibus traditi uel obiecti bestiis animas suas ponant, non erit illa fidei corona sed poena perfidiae, nec religiosae uirtutis exitus gloriosus sed desperationis interitus. Occidi talis potest, coronari non potest». *Unit* 14 (CChr. SL III, 260).

160. «Si occisi eiusmodi extra ecclesiam fuerint, fidei coronam non esse, sed poenam potius esse perfidiae, nec in domo Dei inter unianimes habituros esse quos uidemus de pacifica et diuina domo furore discordiae recessisse». *Ep.* 60, IV (CSEL. III 2, 694).

esposa de Cristo, con su Iglesia?, o ¿cómo se encargará de regir y gobernar la Iglesia quién robó y despojó a la Iglesia de Cristo?»¹⁶¹.

El rigorismo que San Cipriano mantiene en este tema ha sido muy debatido por comentaristas y críticos posteriores.

161. «Nam cum Paulus apostolus dicat: Propter hoc relinquet homo patrem et matrem, et erunt duo in unam carnem, sacramentum istud magnum est, ego autem dico in Christum et ecclesiam (Eph 5, 31-32), cum hoc, inquam, beatus apostolus dicat et Christi pariter adque ecclesiae unitatem indiuiduis nexibus cohaerentem sancta sua uoce testetur, quomodo potest esse cum Christo qui cum sponsa Christi adque in eius ecclesia non est? aut quomodo adsumit sibi regendae aut gubernandae ecclesiae curam qui spoliauit et fraudauit ecclesiam Christi?». *Ep.* 52, I (CSEL. III 2, 617).



INDICE

	Pág.
PRESENTACIÓN	111
ÍNDICE DE LA TESIS	115
BIBLIOGRAFÍA DE LA TESIS	119
EL MARTIRIO Y LA TEOLOGÍA MARTIRIAL DE SAN CIPRIANO	125
I. EL MARTIRIO COMO COMBATE ESPIRITUAL	125
1. El combate de la vida cristiana	125
2. Antecedentes e imágenes del martirio como combate espiritual	126
3. El martirio como combate espiritual en San Cipriano	129
a) Lucha contra el demonio	130
b) Características de la lucha	132
c) Situaciones en las que se da esta lucha	135
II. LA PRESENCIA DE CRISTO EN EL MÁRTIR	141
1. En los mártires lucha y triunfa el mismo Cristo	141
2. Cristo es el modelo el mártir	145
3. La imitación de Cristo por los mártires	146
4. El mártir se identifica con Cristo	150
III. EL MARTIRIO COMO IDEAL DE PERFECCIÓN	154
1. El martirio es la cumbre de la perfección cristiana	154
2. Virtudes que se ejercitan en el martirio	156
a) Fe	157
b) Esperanza	158
c) Caridad	160
d) Fortaleza	162
e) Paciencia	163
3. Reconocimiento por parte de la Iglesia	165
4. Deseo del martirio	167
5. El martirio fuera de la Iglesia	170